

Además...

SUPLEMENTO DOMINICAL DE "LA REPUBLICA" CON ESTE CONTENIDO:

- * LA PLUMA (Cuento), por Luigi Pirandello.
- * 15 DE SETIEMBRE (Poema), por Salvador Jiménez Canossa.
- * HISPANOAMERICANISMO Y NACIONALISMO (Necesidad de una política económica iberoamericana), por Guillermo Hoyos Osoros.
- * O ALEIJANDINHO, por Waldo Frank.
- * NOTAS SOBRE LA POESIA CUBANA, por Eugenio Florit.
- * ANECDOTARIO NACIONAL, por Carlos Fernández Mora.
- * LA CRITICA MODERNA EN LOS ESTADOS UNIDOS, por Gilbert Chase.
- * Tradiciones costarricenses: COCINA TRADICIONAL, por Gonzalo Chacón Trejos.
- * CARTAS DE LUZ DEL ALBA.

San José, Costa Rica, 12 de Setiembre de 1954.

Nº 114.

- LA PLUMA -

Por LUIGI PIRANDELLO



A enferma había advertido ya que la commiseración de los parientes hacia ella no era tanto por sus propios sufrimientos como por los

sufrimientos que daba, sin quererlo, con aquel mal incurable que tenía; y que, en suma, esta compasión afanosa nacía de cierto torpe remordimiento.

El grueso marido, calvo y cejijunto, y aquella prima, gruesa también, pobre, acorazada con dos enormes senos, con cabellos que parecían un casco de hierro sobre la estrecha frente, con aquel par de horribles anteojos sobre la fiera nariz, y además un poco bigotuda, sufrían por ella, queriendo pagar de esta manera la tranquilidad y el bien que les hubiera traído su muerte. En efecto, cuando ella sufría, acudían a su lado solícitos y presurosos; pero después, apenas el mal le daba descanso y ella, calmada, disfrutaba por cualquier pequeñez de una leve alegría inocente, de una dulzura de respiración nueva entre la blancura fresca de la cama recién hecha, ni el uno ni la otra participaban ya de aquel júbilo. Se separaban del lecho. La dejaban sola, acaso para que la ilusión de sus cuidados no le durase demasiado.

En fin, cartas sobre la mesa: no le concedían el derecho de sentirse bien; le concedían, en cambio, el de que los atormentase con su enfermedad, cuanto más, mejor; todo lo más que pudiese. Y parecían como querer que la enferma les agradeciese esta disposición.

¿No era bastante?

Ella no podía hacer menos por atormentarles. No dependía de ella. Que la dejaran sola en los momentos de descanso, no sólo no le importaba nada; sino que le producía, además, un gran placer, porque bien sabía la enferma que aquellos dos no podían ni lejanamente imaginarse las cosas con que ella gozaba y vivía.

Aparentemente, con nada. Y, efectivamente, ya no vivía de aquello que todos los demás necesitaban para vivir. Tanto, que no podía creer que a nadie privara de nada permaneciendo allí en espera de la muerte que no venía. Pero a menudo los ojos, que tenían aún el límpido brillo del zafiro —única cosa viva sobre la débil demarcación de la carita diáfana— se reían maliciosos de los parientes.

En la vana espera de la muerte,

¿Quién no ha oído hablar de Pirandello? Renovador del teatro, de la novela y del cuento. Para muchos, la primera figura en el drama del Siglo XX. Escritor discutido, nadie, sin embargo discutió el acierto que constituía el que se le otorgara el Premio Nóbel de literatura en 1934. Sus "Seis Personajes en busca de autor" son considerados la obra teatral más importante de la época. ¿Y qué decir de sus novelas? ¿De "El difunto Matías Pascal", por ejemplo? Sus cuentos, penetrantes, originales, agudos, son también obras maestras, como éste que publicamos hoy. Pirandello —gloria de la literatura italiana— nació en 1867 y murió en 1936.

la vida exterior se había como ensordecido para ella.

Años y años duraba aquel mal que ningún médico hasta ahora había sabido explicar. Y no se comprendía cómo en la luz de aquella vasta aloba blanca, sobre el amplio lecho blanco, había llegado a ser más frágil que los insectos del verano, que, al tocarlos no más son leve polvo de oro entre los dedos.

¿Cómo podía, tan frágil, resistir los espasmos de aquellos feroces accesos, tan frecuentes, del mal?

No parecía humano aquel dolor que le arrancaba de la garganta hondos gritos de fiera. Y sin embargo, resistía. Poco después, calmada, quedaba como si tal cosa. Enflaquecía cada vez, eso sí; y más que el verla, era un espanto el imaginar hasta qué punto llegaría a reducirse de aquí a diez, de aquí a veinte años. Porque —¿quién sabe!— acaso por veinte años más, y más, podría seguir sobre aquel lecho enflaqueciéndose y esqueletizándose viva. Y no obstante, no sólo no se deformaba, si-



no que cobraba una cierta gracia infantil, por lo cual no parecía enflaquecer sino empequeñecerse toda, poco a poco, a medida que el tiempo pasaba, como si por prodigio, fuera a salir de la vida, no por la vejez, sino por la infancia, hacia atrás.

Los ojos, sin embargo, los ojos con el brillo de su luz azul en aquella débil carita de niña, no eran infantiles. Se hacían, por el contrario, cada vez más diabólicamente maliciosos; máxime cuando, después de los accesos del mal, hecha un ovillo en el lecho, con la cabecita pegada a las almohadas, sobre el embozo de la sábana en desorden, miraba las espaldas del gordo marido y de la gorda prima, que se iban alejando inclinados y silenciosos de su cama.

Desesperados los pobrecitos! ¿Quién sabe qué discursos harían entre sí, y qué pensarían mientras la velaban! Acaso la verían como sumida en un extraño, impenetrable encanto, que la presentaba ante ellos lejana y sin embargo presente, ante sus ojos. Acaso aquello que ella llamaba "sol" aquello que ella llamaba "aire" cuando, con una voz que no parecía ya humana, decía "sol", decía "aire", a ninguno de los dos les parecía ya que fuese el mismo sol y el mismo aire de ellos. Era, en efecto, como el sol de otros tiempos, como el aire que ella pudiese respirar en otros lugares lejanos. ¿Dónde? ¿Cuándo? No aquí; no en esta alcoba; no ahora; no sobre este lecho, donde debía parecerles a ellos que la enferma no tenía ya necesidad ni de sol, ni de aire, ni de nada, sino allá lejos, cuando ella vivía con el sol, con el aire de cuando era bella y sana y alegre, y los límpidos ojos de zafiro tenían estremecimientos de deseo y arrebatos de risa; allí donde lúcidos, precisos, con todos sus colores, con todas sus líneas en movimiento, como si se reflejaran ante ella en un espejo aunque a mucha distancia, le vivían todos los aspectos de su vida, no ya pasada, sino presente todavía, e inmutable porque la enferma seguía viviéndolas siempre.

Se veía caminando, tan ligera, peor aquel túnel verde del largo emparrado opaco, con el sol deslumbrador en el fondo; las manecitas rosadas presas a las alas del gran sombrero de paja recogido sobre las mejillas por una cinta de terciopelo negro anudada bajo la barbilla. ¡Oh, aquel sombrero de paja! Sobre el cristal azul, de la fuente del fondo del emparrado,

donde ella corría a mirarse, parecían un cestillo derribado lleno de cabellos de oro.

¡Las paredes de aquella fuente eran de greda, como ahora estas manos suyas, y acaso también las mejillas, son de greda!

Y luego se veía, como en una barca, sola, en el mar agitado. Las olas la asaltaban, la rodeaban, la azotaban. Y ella se sentía agua, se sentía viento, viva en medio de la tempestad. Y cada vez, a cada golpe de agua, sentía un divino embeleso que la hacía gritar como ebria. Una fuerza ágil, prodigiosa, tremenda la lanza y después la balanceaba espantosamente. Y en este espanto vertiginoso ¡qué deleite!

Pero no hay que abusar de estos recuerdos; si lo hace, viene la angustia de nuevo, y el feroz mordisco de los dolores de pecho que la hacen rugir como una fiera. No, no: aquella vida suya de antes, hay que tenerla lejos, así, para vivir solamente de lejos.

¡Oh, cómo le placen ciertos días de nubes claras, después de la lluvia, con el olor a tierra mojada y la ilusión de las plantas y de los insectos de una nueva primavera en la luz húmeda! Por la noche, las nubes se derraman sobre las estrellas y las inundan, para después dejarlas reaparecer sobre breves, profundos claros de azul. Y ella, con el alma llena de la más angustiosa dulzura de amor ahonda los ojos en el nocturno azul y se bebe todas las estrellas.

Pocas gotas de agua, es verdad, alguna gota de leche, y nada más. Pero en el sueño en que perennemente vivía, aún con los ojos abiertos, venían a nutrir la abundancia los recuerdos que eran su vida. Le traían, no la materialidad, sino la fragancia y el sabor de las comidas de entonces, de aquellas que más le gustaban, frutas y verduras; y el aire y la alegría y la salud.

¿Cómo podía, pues, morir? Después de un leve sueño, su alma quedaba plenamente restaurada, y bastaban entonces a su cuerpo, tan reducido que casi no era cuerpo, una gota de agua y una gota de leche.

La gordura grosera de los cuerpos, no sólo del marido y de la prima, sino de cuantos se acercaban al lecho, era a sus ojos, a todos sus sentidos agudísimos, de una pesadez insoportable, y motivo de disgusto, y, en algunas ocasiones, de terror. La diáfana sutileza de las aletas de su naricita temblaba, se pasmaba, advirtiendo los nauseabundos olores de aquellos cuerpos, la acre densidad de sus ahientos. Y casi tenían peso para ella sus miradas también, cuando se le posaban encima para compadecerla.

Sí, aquella conmiseración como a todos los otros sentimientos y deseos, tenía peso para ella y también detestables olores, cuando venía de aquellos cuerpos. Escondía por esto, a menudo, la cara bajo las almohadas, hasta que se alejaban del lecho. De lejos, con más espacio, a la clara, aérea levedad de su sueño, los miraba, y se reía de ellos por dentro, como de gruesas bestias extrañas que no podían verse a sí mismas como ella las veía, condenadas al afán de estúpidas necesidades y de graves y no limpias pasiones.

Más que de todos los otros, se reía entre sí de aquel marido, cuando lo veía plantado, inmóvil, en medio de la alcoba, con la preocupación grave y lúgubre de los bueyes. Aún tan de lejos, le descubría la piel esponjosa, sembrada de puntitos negros. En verdad, él creía que se bañaba bien todas las mañanas; bien, como se baña-

15 DE SETIEMBRE

Buenos, muy buenos días Costa Rica; mira tus hijos, miranos fuertes.

Buenos, muy buenos días, mamacita, todos los cielos cantan alegres.

Hoy quince de Setiembre, mamá linda, brindan tus hijos: ¡Salud, laureles!

Cumples un año más, madre querida ¡El feliz ciclo! todos celebren!

Regocijan las aguas, soles, brisas, todos tus hijos cantan alegres

Todos brindan en mí, tierra querida, por todos brindo ¡Salud y suerte!

Cumples un año más, muchacha linda, de blanco espino y aguas perennes.

Buenos, muy buenos días Costa Rica, todos tus hijos vivan valientes,

como si fueran uno, mamá linda, brindan alegres ¡Salud, laureles!

Cañones te recuerdan San Juan, Rivas y tu destino brilla esplendente.

Buenos, muy buenos días Costa Rica, del alba al filo La luz agreste Glorias de Santa Rosa nos reavivan; buenos, muy buenos días Costa Rica.

Cómo no amarte Patria, ¿puedese acaso? cuando son bellos mis bosques, si nuestros bosques.

Cómo dejarte, Patria, ¿puedese acaso? arden llanos y cerros bajo el fuego de los granos. Surgen veloces, Patria, todos mis recuerdos: nuevas las melgas bajo lo boyuna reja.

Mis campos, Patria, nuestros campos, bien sabemos, lo nuestro, lo de todos y cada uno.

Porque cada uno, Patria, sabemos nosotros hijos tuyos, por iguales estamos en tí, como tú en nosotros.

Porque Patria, yo digo y señalo; aquel motorista guía las locomotoras mis locomotoras, nuestras máquinas. También señalo mi casa y digo nuestra casa.

Cómo no amarte, Patria, ¿se puede acaso? cuando trinan nuestros ríos, bailan sus peces danzas eléctricas cantando al progreso.

Y los tractores hurgan el seno de la loma en busca de camino, nuestros caminos mis carreteras.

Tienden nuestros hombres las líneas telegráficas y por ellas nos decimos.

Llegan barcos a los muelles, fondean en tus puertos, en mis puertos, en nuestros puertos.

Por esto y por todo cuanto nos das, Patria, nuestro abrigo, mío y de todos. Hoy quince de Setiembre, como todos los días te decimos: Madre, Dios nos dé buenos días.

SALVADOR JIMENEZ CANOSSA
En el año 133 de la Independencia,
106 de la República y
6º de Liberación

ban todos los demás; pero también a los demás, por mucho que se bañasen, les quedaban siempre en la piel aquellos puntitos negros. Sólo ella podía advertirlos, como sólo ella advertía también la granulosidad de las narices, y tantas otras cosas que miradas a lo lejos, eran para ella divertidísimas.

La gruesa prima con los anteojos, por ejemplo, no podía menos de bajar los párpados apenas ella le fijaba la vista con la cabeza reclinada en las almohadas como de costumbre.

Sobre el blanco de las almohadas y las sábanas, su carita casi desaparecía, y sólo se veían, agudos y brillantes, los dos grandes ojos de zafiro, como dos vivas joyas posadas allí.

Se reían, sin embargo, sus ojos; ardían diabólicos de risa, no porque bajo los anteojos de la prima se advirtiesen, gruesos y largos, casi metálicos, los pelos de las cejas de ella, como antenas de insecto, sino porque la enferma sabía bien que la prima, que venía aquí tan pacífica, con su aire de mosquita muerta, a asistirle, dejaba en las otras habitaciones un drama que más torpe no podía imaginarse en aquella gordura: el drama de su pasión, pobre prima gorda con anteojos; el drama, era cierto, de su vergüenza y de sus remordimientos; pero también—y que Dios la perdonara—también el de sus secretos placeres carnales en el grueso primo, envenenados por sabe Dios cuántas lágrimas. ¡Pobrecita!

Habría querido decirle que no

se preocupara tanto en ocultarse, porque ella lo había adivinado todo de un golpe, y le parecía naturalísimo que los dos, primo y prima, en vista de que la muerte no venía por aquí a libertarlos, se hubieran puesto por allá en relación marital, con sus gruesos cuerpos, tentados uno hacia otro por la cercanía y la necesidad de un consuelo recíproco. ¡Oh Dios, ella lo comprendía! Y ya dos veces, en seis años, la pobre prima gorda se había visto obligada a desaparecer; la primera vez, por tres meses, la segunda por dos. Porque, como es sabido, no se satisface sin consecuencias, la mayor parte de las veces, esta ardiente necesidad de consuelo recíproco.

El marido le había dicho que la prima se iba al campo a descansar un poco. Se lo había dicho, sin embargo, con aire tan extraviado y vergonzoso, que seguramente ella hubiera reventado de risa en las propias barbas de él, si le hubieran quedado ganas de reír. Pero ya no podía reír más que con los ojos; reír, reír fuerte, con su rosada boca, con sus dientes brillantes, reír como una loca, eso sólo podía hacerlo evocando el pasado como un sueño vivo en el que se viera con su imagen rosada y fresca de salud.

Acaso debería arrepentirse de ello, como de un pecado. Pero, ¿qué iba a hacer, si no se moría? Y además: ¿para qué arrepentirse, si el marido y la prima, cansados de esperar la muerte, de ella, se habían ya entendido entre sí? ¿Que no podían, mientras e-

lla estuviese allí, regularizar su unión y el nacimiento de los dos hijos? ¿Debieron haber pensado antes en eso de los hijos! ¿Los habían hecho y ahora lloraban? Por fortuna los dos pequeñuelos no podían todavía ser parte de las tribulaciones, libres como la enferma de la grosería de las pasiones carnales y complicadas.

La prueba de todo la tuvo un día...

En la amplia alcoba luminosa no había nadie. De vez en cuando le resultaba cómodo a la prima creer que la enferma estaba durmiendo, y que podía por lo tanto dejarla sola, no obstante la expresa recomendación del marido.

(Se habían entendido los dos, era cierto, pero de un modo curioso; esto es, salvando en sus razones, gruesos pero tiernos, el afecto hacia la engañada, un afecto que parecía tanto más cómico, cuanto más sincero y conmovedor se mostraba, pero que quizás debía producir a la gorda prima, alguna vez, cierta sombra de celos, como cuando él, por ejemplo, al sostenerla en los accesos del mal, le ponía en orden, con dedos temblorosos, los largos cabellos de oro... recuerdo de íntimas caricias lejanas).

Pero dejemos esto. Aquel día, la prima la había dejado con los ojos abiertos. Pero no importaba; debía creer que estaba durmiendo, y había salido hacia rato de la alcoba cuando de pronto se abrió la puerta y entró una niña

gordinflona con anteojos, que apretaba con un bracito sobre su pecho una muñeca tiñosa, en camisolín colorado y con un pie de menos, y traía en la otra mano una manzana mordida. Entró extraviada y titubeante como una gallina escapada del corral y refugiada por casualidad en un gabinete.

La enferma, sonriente, le hizo señas con la mano para que se acercase a la cama; pero la niña no se atrevió, y se quedó como encantada, mirándola de lejos. Con los anteojos, daba lástima; pero estaba tan bien nutrida, tan sana y tan plácida, que se podía jurar que ignoraba los afanes que había debido costar a su madre el echarla ilícitamente al mundo; los ignoraba, y era feliz con la linda manzana roja que se podía ir comiendo, con toda la cáscara y la sola ayuda de sus dienteillos, en este ilícito mundo donde para ella sólo a las muñecas podía ocurrirles una desgracia; y esto, sin mucha pena, la de perder un pie o la peluquita de estopa.

Quiso tener piedad. Y cuando poco después, la madre acudió toda trastornada y casi aterrada a retirar con furia a aquella niña de la alcoba, la enferma cerró los ojos y fingió dormir profundamente. Fingió dormir todavía cuando la prima, turbada todavía, vino a tomar de nuevo su puesto de asistencia junto al lecho. Pero, qué tentación la de abrir de pronto los ojos, que se reían, y preguntar de improviso a la prima: "¿Cómo se llama?"

Sí, un día u otro debía tomar esa resolución. ¿Quién sabe cuántos desórdenes causaba allá dentro el mantener el inútil secreto! Y además, se moría de curiosidad por saber si el otro hijo era un gordinflón u otra gordinflona; y si también esta segunda por no tropezar, usaba anteojos.

Peró el misterio se quebrantó por sí mismo, de un modo inopinado, pocos días después.

Gritos, llantos, estruendo de sillas derribadas; un gran tumulto vino de las habitaciones de allá, a la hora del almuerzo. Ella adivinó que el cuerpo de alguien iba siendo arrastrado con mucho trabajo, sostenido por la cabeza y por los pies, de una habitación a otra, desde el comedor a una cama. ¿El marido? ¿Un ataque de apoplejía? Los llantos y los gritos eran desesperados. De seguro había muerto.

No en busca de ella, que tanto tiempo llevaba esperándola, sino en busca de otro que no la esperaba, había entrado la mañana en la casa. Había entrado quizás por una abert...

POEMA

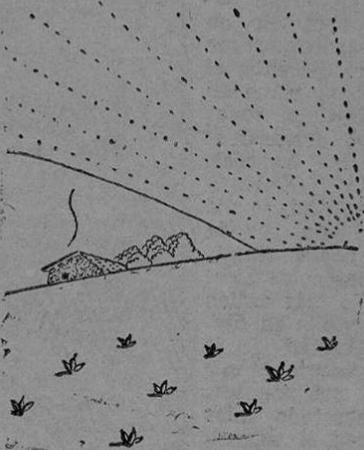
En la longitud de ave. Pleno vuelo.
Como queriendo ser sin haber sido.
Más cerca de tu labio que del cuerpo
donde lentos recuerdo adivino.

En permanencia clara, no sosiego
de amanecer inútil repetido.
Más lejos hoy de mi que de tu pelo
en vez de ser viajero fui camino.

Entonces de la vida como un signo
agruparía las hojas contra el viento
para salvar tus ojos en exilio

a mi ilusión sin árbol y sin gesto
y cercando las rutas al olvido
— detrás del aire — nacería otro encuentro.

MARIO PICADO UMAÑA



gota de leche. Sólo eso la ligaba a la vida de los otros, desde hacía mucho tiempo extraña a ella como un sueño sin sentido.

Cerró los ojos y esperó que el tumulto se calmara poco a poco.

Al cabo de algunos días vio entrar en la alcoba, vestida de negro, entre las dos niñas, ellas también de negro, a la gruesa prima con los anteojos, deshecha en llanto.

Se le plantó como una pesadilla delante de la cama; después tuvo movimientos y sacudidas de rabia; y al fin, estimó de justicia gritarle en la cara su desesperación, mostrándole las dos pequeñas huérfanas, y explicándole el daño irreparable que la enferma había hecho no...

¿Qué sería...

que la enferma les hubiera hecho un daño tan grande como el que gritaba su mamá desesperadamente. Pero ¿es que aquello no tenía remedio? La enferma lo preguntó a nombre de las pequeñas para ahorrarles el susto de todo aquel llanto y de todos aquellos gritos.

En fin, ¿por qué aquel llanto y aquellos gritos? ¿De qué se trataba? ¿De dejar todo lo que poseía a aquellas dos pequeñas? Pues en seguida!

La enferma... más que aque... sin otra... bito

che, ¿qué le importaba entonces lo demás? ¿Qué le importaba dejar a los otros aquello que no era ya suyo desde hacía tanto tiempo? ¿Era cosa difícil y muy complicada? ¿Sí? ¿Y por qué? Si una cosa tan sencilla podía volverse difícil y complicada, entonces la vida era de una torpeza insoponible.

No. Era la cosa más sencilla del mundo.

Y algunos días después, la pareció ver entrar en su alcoba la grosería de la vida en la persona de un notario, el cual, a presencia de dos testigos, se puso a leer un acta interminable, de la cual no comprendió ella nada. Al final vio que, con mucha delicadeza, le presentaba un objeto que no veía hacía mucho tiempo. ¡Oh, una pluma, para que pusiera su firma en aquel documento, no sólo una vez, al pie, sino muchas veces, en las márgenes de todos los folios! ¿Su firma?

Tomó la pluma; la observó. Casi no sabía ya cogerla entre los dedos. Y alzó después, hasta la faz del notario, los limpidos ojos de zafiro con una expresión extrañada y risueña. ¿Su firma? ¿Pero es que ella soportaba todavía el peso de un nombre, de un nombre que tenía que dejar allí sobre aquel documento?

AMINA... y después, ¿qué? El nombre de soltera, y después el de casada. ¡Oh! ¿y también "viuda" había que poner? ¿Viuda... ella? Y miró a la prima.

Luego escribió: AMINA BERARDI VIUDA DE VISMARA.

Se quedó contemplando un momento aquella escritura temblorosa sobre el papel. Y le pareció muy cómico que se pudiera creer que en aquella línea manuscrita estuviera ella verdaderamente, y que los otros no sólo se contentaran, sino que se creyeran muy felices, con aquella firma; como si fuese un acto de gran generosidad que trajera una verdadera fortuna para las dos pobrecitas vestidas de negro. Y aún más firmas... AMINA BERARDI VIUDA DE VISMARA... ella

... más, AMINA BERARDI VIUDA DE VISMARA... era como un juego agradable y nada más, el ir arrastrando aquel largo nombre tan estúpido por encima de todos aquellos folios de papel sellado... igual que una na vestida de persona mayor, arrastra la larga cola del traje jeno.

... sería no poseer el tenue hilo de vida... necesidad que... agua y alguna gota de le-

... des ha... urliéndose antes... ahora de aquellos dos... ¿Y de ella? ¿Y de ella? La enferma escuchó primero asustada; pero luego, transportándose lejos del espectáculo un poco teatral de aquella desesperación, que era, sin embargo, sincera, no escuchó más. Miró fijamente a la otra... muerte... arado, pasan... delante de la puer... ta de aquella alcoba blan... quizás se había detenido un... cía sobre el blan...

Ofrecemos esta Semana los siguientes LIBROS de INTERES



NOTAS SOBRE LA POESIA CUBANA

Por EUGENIO FLORIT



El me ocurre comenzar estas cuartillas escribiendo lo difícil que va a resultarme — como siempre, claro, — ser juez y parte

al mismo tiempo. Y me viene a la memoria aquella escena de una comedia española de fines del siglo pasado, *El oso muerto*, de Vital Aza y Ramos Carrión, si no recuerdo mal, en la que una señora que va a tomar una doncella le pregunta sobre sus antecedenentes y referencias y termina por: "¿Es usted de buena familia?" Respuesta: "¡Ay, señora, yo creo que muy buena!" Sí, señores lectores amigos míos. Soy de muy buena familia. Quiero decir que por ser poeta de Cuba pertenezco a una de las más distinguidas familias literarias de las que hablan español a lo largo del mundo, y a lo ancho también. Pero valga decir en este punto que a pesar del orgullo bien justificado — si quieren ustedes llamarle vanidad, adelante — me ha dado Dios bastante serenidad de juicio, la suficiente imparcialidad y la necesaria objetividad para poder darme cuenta de los favores y desfavores de mi gente. Y q' por fortuna en esta poesía cubana sobre la q' vamos a conversar un rato más, muchos más son los primeros que los segundos. Ya iremos viendo por qué. Ya iremos viendo en este correr de teclas y de ideas — ideas puestas en teclado sumiso —, la curiosa desproporción que existe en mi país entre el territorio geográfico y el literario; entre los límites que un mar — un mar tan hermoso — pone a la hermosa tierra, y los ilimitados, o por lo menos amplísimos horizontes de su creación poética.

Téngase en cuenta que Cuba, como por ejemplo Chile, no nace a las letras propias sino hasta comienzos del siglo XIX. Que la poesía para ambas naciones — dejando a un lado el ilustre ejemplo de *La Araucana*, o el del poema de Pedro de Oña o aun el de nuestro pequeño poema insular de los primeros años del XVII, el *Espejo de paciencia* — que su poesía digo, es cosa de un anteaer muy cercano. Y que parece milagro

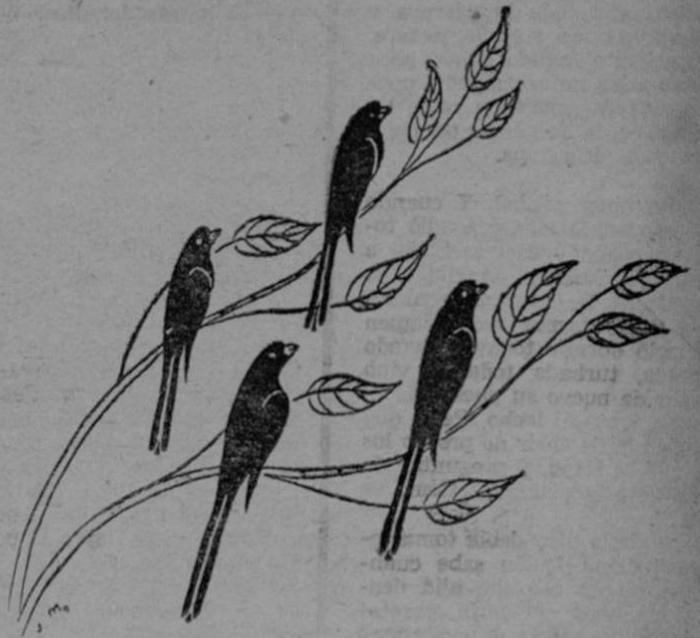
que en siglo y medio apenas hayan subido ambos países a la "cumbre de toda buena fortuna" donde se mantienen, muy bien puestos en el concierto de los que mejor lo están.

¿Y qué nos pasa a los cubanos en el XIX? Claro que nos pasan muchas cosas, precisamente porque no nos pasa lo que al resto de América. Y la pobre niña Cuba está mirando como sus hermanas mayores se van casando con los héroes que las desencantan. Y ella se queda con muchas ganas de salirse también, y mucho aire de angustia. Aire que se agita una vez, tan lleno de coraje, con tanta fuerza romántica, con la primera gran fuerza romántica del mundo hispanoamericano, en aquella melena alborotada frente al mar de su destierro de José María Heredia, fuera ya de su patria por agitador y libertario, en 1823. (Tal vez no sea inoportuno recordar aquí al otro Heredia, el cubano-francés, nacido como su primo en Santiago de Cuba, regalo de la pequeña isla tropical al friso del parnasianismo francés). La poesía cubana del XIX, riquísima en número y calidad, se me aparece ahora escindida por la actitud de sus dos poetas mayores en dos direcciones contrarias: Heredia representa lo más ardiente del pensamiento criollo en función de amor a la libertad. El es el iniciador, el gran vocero, el que indica el camino, el que, por desgracia, se queda derrotado antes de todo, aunque tras él lleguen los demás a escribir versos incendiarios, a padecer hambre y sed de justicia, a morir algunos por ella. La otra actitud, de mucho amor a la tierra, sí; de mucha emoción patria también, pero de una tierra y una patria coloniales en todo el sentido político de la palabra, la tenemos en Tula Avellaneda, la gran mujer del XIX, mujer tremenda de amor y poesía, de inteligencia y de pasión, de arrullos de torcaz y de grandes elocuencias teatrales. Cubana, también como lo era Heredia. Pero trasplantada a un ambiente isabelino español de saraos y fiestas reales en el que tanto brilló la opulenta hermosa y en el que se desvaneció su estrella como una de aquellas arañas de luces que se apagan al terminar el baile. No se me entienda mal: la actitud

general del poeta cubano de aquella época es la primera, desde luego. La otra, la de la Avellaneda, queda aquí por contraste establecida.

Ya teníamos contados dos grandes poetas en el pleno del XIX. Pero eso no era bastante para nuestra historia. Pasaba el romanticismo por el cielo y en él se incendiaron éstos, y muchos otros. Pero ya iba saliendo el sol más tranquilo, con su matiz y con su música. Zenea — pobre muerto de azares libertadores —, Luisa Pérez — aquellas manos casi niñas que coronaron a su mayor Avellane-

do modernista. Toda su prosa, en especial la de las admirables crónicas, es nada menos que la creadora del nuevo escribir. Esa está bien, y hay que decirlo siempre, y muchas veces, como lo están diciendo cada vez con mayor insistencia quienes se han puesto a reparar en la obra de este cubano universal. Pero que tales indicaciones, tan ciertas, no nos deslumbraren. Es Martí precursor no sólo del Modernismo sino de todo nuestro crear literario contemporáneo. Su verso, además álzase solo y sefiero de entre todo lo que se ha escrito en español.



da — Mendive — maestro de quien iba a serlo de todo el mundo de habla castellana —, se acercan con mayor o menor vacilación a las imprecisas luces simbolistas. Y de pronto como síntesis de todo lo anterior, de todo lo de siempre, de lo que fué y de lo que vendrá, la otra gran pareja de nombres para ilustrar el fin del siglo. Gran pareja en contraste también; en gran distancia. Se les suele llamar precursores. Precursores ¿de qué? ¿Del Modernismo? Pero si Julián del Casal es tan modernista ya en espíritu, en sentimiento, en actitud, en acento y en forma como sus demás compañeros de época. ¿Qué aún nos muestra un costado romántico? Recordemos el verso de Rubén:

Románticos somos... ¿Quién que (es no es romántico?)

Pero dígame si el romanticismo de Casal, envuelto en sus sedas y sus kimonos japoneses, no pasa bien junto a algunos versos parnasianos de su admirable *Elena de Troya*, o al simbolismo más exquisito que marca el ambiente de gran parte de sus poemas. Modernista Casal, amigo y compañero de Darío, enfermo de aquel indefinible mal del siglo, con el "impuro amor de las ciudades", vuelto de espaldas al campo que le agobia el espíritu ultrasensitivo. He hablado antes del contraste. Aquí lo tenemos, vivo, entero, verdadero, violento, en *Quemolón*. Nombre a José Martí a propósito de este año de su centenario. Martí ¿precursor? ¿Del Modernismo también? Martí no es precursor sino de sí mismo. Hay en su poesía — y no hace mucho lo dije en palabras más lentas que éstas de ahora — indudables momentos, anticipaciones, previsiones del mu-

La guerra de Cuba, la del 95, rompió con frase heroica las cadenas de la servidumbre colonial; pero el triunfo no fué suyo sólo. Alguien a su lado había intervenido, por cuenta y razón propias, naturalmente, y así la nueva República salió a la vida — y así la mantuvieron unos pocos años — sin vida propia. Aquel mirar la bandera de los Estados Unidos junto a la cubana produjo grandes desencantos y no pocos aprovechamientos de los realistas y adaptables a todas las situaciones. Los desencantados, y entre ellos el poeta Bonifacio Byrne, asumieron una actitud de reserva y espera. Haciendo versos desde luego. Pero en un ambiente enrarecido de ilusiones cortadas. Claro está que todo ello se supera. Y al aclararse los horizontes se van destacando ciertos nombres de gran importancia. El Modernismo, después de aquellos dos grandes poetas muertos tan jóvenes, en el 93 y el 95, se afloja y debilita entre nosotros, sin duda por las causas que acabo de anotar. La figura de Federico Urhbach, por ejemplo, siendo como es de mucha importancia en nuestras letras, no basta a mantener el tono de excelencia de lo anterior. Se advierte que aquellos años que la poesía cubana se halla en un momento de transición, navegando en mares de diversos colores y tendencias, ninguna de ellas definida o satisfactoria. Han de pasar algunos años. Hasta 1913 precisamente, en que con la publicación del libro de Regino Botí, *Arabescos mentales*, se abre una vez más nuestro buen camino. Este libro es una obra que es precisamente el momento de calma que sirve de puente entre los viejos y los nuevos. Como cosa que sirva de revulsivo y sea un momento de reposo. Así, con Botí, llegamos a un momento de calma; pero no a un momento de reposo; sino a un momento de calma que es el momento de reposo.



vamos entrando en lo verdaderamente contemporáneo. Entre ellos, además, se establece en cierto modo el contraste que vengo anotando. Mientras en Boti y Poveda hay más generalismo, diríamos, Acosta, después de sus primeros libros, se fué acercando a la tierra, a la realidad del campo. Hasta ha llegado a ciertas formas, innecesarias, de lo patriótico. Y no debemos olvidar tampoco para relacionar a estos poetas con su pasado inmediato, las raíces modernistas de que se nutren: en Acosta acentos muy rubenianos de vez en cuando; en Poveda, ecos bien claros de Laforgue, aquel Laforgue lunático que tan del sur uruguayo había salido y que iba a regresar más tarde para aparecer en las lunas de Leopoldo Lugones.

Son los de 1913 a 1917 años de gran inquietud intelectual en Cuba, de fundación de revistas, de organización de grupos, de sociedades de conferencias. En todo, una vuelta al quehacer y al trabajar, que no sólo de pan vive el hombre. Y a aquellas inquietudes de entonces el fervor de un Max Henríquez Ureña, por ejemplo, animador de tantas cosas cubanas, casi cubano él mismo por el amor, presta entusiasmo y materia, las siempre presentes ala y raíz martianas.

Así las cosas, si llegamos a los primeros años de la primera postguerra cuando, Señor, podremos decir de la última, para siempre, guerra— veremos cómo todas las corrientes universales de la literatura de entonces van a reflejarse con mayor o menor oportunidad, en nuestra literatura. Con creación de muchas iniciativas, realización de muchas tentativas, resumen de muchos esfuerzos parciales, exposición de muchos atrevimientos, punto de partida de muchas nuevas direcciones, la Revista de avance en sus tres años de vida, 1927-1930, llena otro momento decisivo en la historia de nuestra cultura literaria y, más en lo que por ahora nos interesa, de nuestra poesía. Fué un nuevo contacto con el mundo, un ponerse a tono con todo lo exterior. Eso no lo habíamos perdido nunca, enténdase bien; pero ahora, con aquellas páginas, aparecía juvenil y vigorosa la inquietud del momento. El llamado vanguardismo, en fin, ya era un hecho aceptado. Nuestra batalla de un nuevo Hernani había sido ganada, con unos pocos años de retraso con respecto a Europa. En esa revista, además de los ensayistas y críticos de mayor responsabilidad, que fueron precisamente sus fundadores o continuadores, había dos poetas de gran importancia: José Z. Tallet, el máximo artista, entre nosotros, del prosaísmo sentimental, y Juan Marinello, entonces finísimo poeta lírico, aunque ya hace años ande perdido para la poesía. Y allí nos dimos a conocer los poetas algo más jóvenes también entonces; los que andábamos en nuestros, ay, veinticinco años. Me refiero en especial a Nicolás Guillén y a mí; porque Ballagas es algunos años más joven que nosotros y Mariano Brull algo mayor. Brull, sin embargo, ha sabido mantenerse joven toda su vida, cerca de nosotros, amigo y compañero de generación, a pesar de la diferencia de edad. Ballagas, con muchos menos años de distancia, logró asimismo acercarse y ponerse a nuestro nivel. Y así andamos por esas antologías del mundo, muy contentos de estar juntos. Pero también ocurre en el grupo cierta divergencia de caminos, no sólo entre unos y otros, sino aun dentro de uno mis-

mo. En Ballagas, por ejemplo, hay el período negro, a lo Picasso; en mí hubo un momento "trópico"; en Guillén, más constantemente en las preocupaciones sociales que dan tono a la mayor parte de su obra, hay ciertos momentos, bellísimos, de universalidad. Brull vino evolucionando desde un claro postmodernismo hasta las posiciones más extremistas en forma y expresión, pero siempre fiel a su atemporalidad y a su geografía. No quiero pedir perdón, con falsa modestia, por haberme nombrado. Como tengo la conciencia de haber contribuido con mi obra a la poesía cubana contemporánea, sería una falta de sinceridad el abstenerme de entrar en el panorama. Máxime, si las alusiones las hago con cierta objetividad y discreción, como creo.

Y adelante, que gracias a Dios esto no se acaba. Es la frase maravillosa de Segismundo:

Que fué verdad, creo yo,
En que todo se acabó
Y esto sólo no se acaba.

El príncipe moscovita-español estaba pensando en el amor. Tras lademos sus versos a la poesía. Tan verdad es siempre, que todo se acaba. Pasan reinos y dictaduras, desastres, guerras, devastaciones, asesinatos en masa. Pasan ciencias y descubrimientos, pasan las modas y las escuelas literarias. Pasamos los pobres hombres con nuestras angustias y nuestros pequeños problemas. Todo se acaba, sí. Y sólo no se acaba la poesía, eterna desde el nacer del mundo en las manos de Dios hasta que el mundo muera entre sus manos.

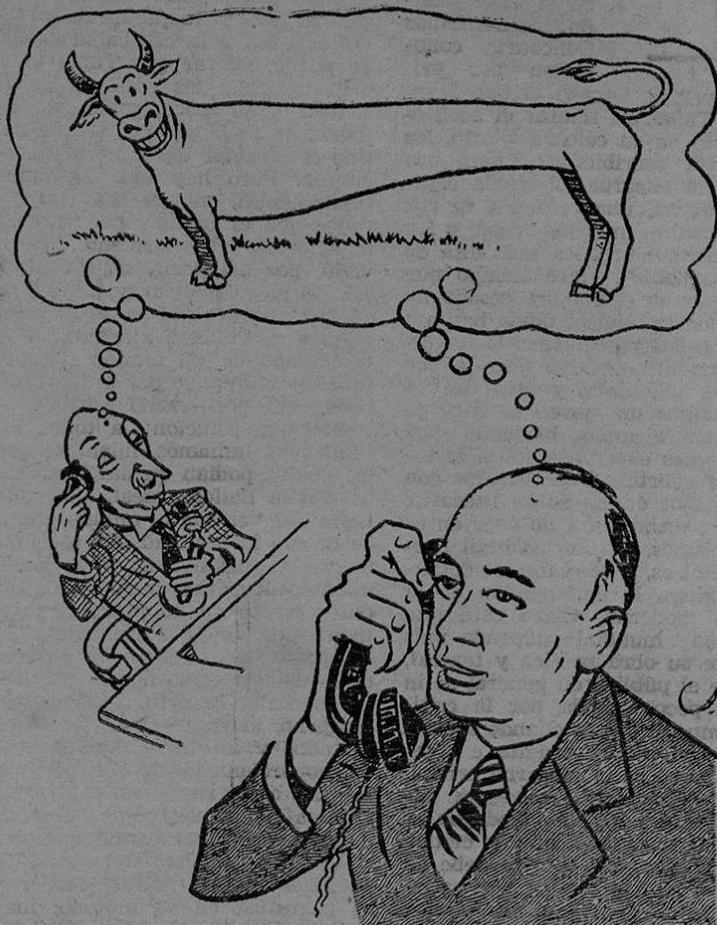
En Cuba, "isla hermosa del ardiente sol", tampoco se acaba la poesía. Y cuidado que hemos tenido y tenemos épocas de climas agostadores. Tras varios años de incertidumbre política— ¿y qué años nuestros no han sido así, no son, acaso no serán?— aparecen otros grupos y otras revistas más o menos efímeras que van a dar en una, más constante que las otras, pues viene publicándose desde 1944. Es Orígenes, cuadernos fundados y dirigidos por José Lezama Lima, el centro más visible de la poesía cubana de la actualidad. Además de ser el órgano que sirve para mantener a los poetas cubanos jóvenes en contacto con el mundo exterior, función primera y fundamental de toda revista de esa clase, ésta de que hablo reúne junto a sí un numeroso grupo de poetas por los que la lírica de mi país continúa viviendo una vida activa y verdadera. El de Orígenes es el grupo más numeroso y organizado, por así decirlo, pero no el único, desde luego. Hay en la misma Habana y otras partes de la isla, como en Cienfuegos, por ejemplo, notables isletas poéticas que saben salirse de su límite y llegar a muy apartados ambientes.

Viendo y mirando desde lejos este panorama actual de la poesía cubana, podría yo decir, tal vez, que se halla, con acento propio, muy personal, muy isleño, inserto en las corrientes más universales de la lírica; experimentando con las más avanzadas técnicas, sin olvidar las nobles tradiciones españolas y extranjerías; que a lo que la distancia me permite apreciar, está nuestra cultura bien enraizada en lo fundamental y lo accesorio; en el modo y la moda, si se quiere; en lo que pasa y lo que permanece; en lo que da tono y acento a una época y lo que distingue desde siempre, lo que a nos otros los cubanos nos distinguió desde el Espejo de paciencia ini-

Anecdótico Nacional

por CARLOS FERNÁNDEZ MORA

Dibujos de Noé Solano V.



E

N los primeros meses de la segunda administración del Licenciado don Ricardo Jiménez Oreamuno, el encargado de una de las lecherías que por aquellos años tenía el recordado patrio, compró en el "Almacén Koberg" una correa de muy buen cuero, con veinte pies de longitud para la máquina de picar pasto.

Dos o tres días después, don Ricardo recibía un informe de su finca, en el cual se quejaban acerbamente de que la nueva correa no era de una sola pieza, sino hábilmente compuesta de pedazos de cuero uniformes y de igual tamaño, como obligadamente tenía que ser, debido a que las pieles de res son relativamente cortas en su parte útil.

El reclamo fué pasado por el Licenciado Jiménez Oreamuno a la firma comercial en referencia. Enterado del molesto asunto el

Ingeniero don Max Koberg Boland, quien ya en aquella época tenía a su cargo la parte técnica del negocio, buscó el teléfono oficial más cercano y directamente llamó al señor Presidente Jiménez, y le dijo:

—"Por favor, don Ricardo, diga me dónde se consiguen reses de veinte pies de largo".

Con su gran inteligencia, el Licenciado Jiménez Oreamuno, inmediatamente se dió cuenta del error de su gente y riéndose, con testó con tono socarrón:

—"LO QUE PASA DON MAX ES QUE MI MANDADOR SABE MUCHO DE VACAS Y POCO DE CUEROS"...

(Ese incidente dió lugar a una gran amistad y confianza que desde entonces se desarrolló entre ambos señores y que culminó luego con la realización de la excelente idea de electrificar el Ferrocarril al Pacífico).

cial: un expresar lo nuestro con palabras de la más honda prosa pia castellana; un decir lo cubano — que no es lo típico, no, por Dios — con acento universal, de acendrada cultura.

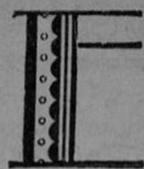
Aún ahora podríamos distinguir dos caminos diferentes. Es decir, que podemos continuar esa línea de separación entre dos actitudes que he venido a lo largo de estas páginas. Porque, si nos fijamos un momento, advertiremos, por un lado, el poema menos temporal, más general, de Gaztelu, por ejemplo, y el más caliente de alusiones realistas por ejemplo, de Cintio Vitier, el gran crítico y antologista de su generación; y la entraña campesina y de tierra colorada

en que se mueve Samuel Feijoo y la atmósfera de silencio y tono menor de Dulce María Loy-naz, también por ejemplo.

En todo y todo, han pasado por nuestra poesía lírica vientos y tempestades; pero el aire queda. Nuestro aire ha sido siempre noble y personal, de isla con sol y mar, clara y discreta. Podrá olvidarse lo demás de nuestra literatura: el teatro, flojo; la novela, no tan brillante como en otras; aun el ensayo, aunque éste sea mucho mejor, desde luego. Pero hay una cosa que no nos podrán quitar aunque quieran: el "dolorido sentir" de nuestros poetas, tan grandes casi siempre como los mejores y muchas veces más que los mejores del mundo de habla castellana.

LA CRITICA MODERNA

Por GILBERT CHASE



En uno de aquellos salones literarios que abundaban en París en el siglo pasado, los hermanos Goncourt conocieron por primera vez al famoso crítico Hippolyte Taine. Al relatar el acontecimiento en su célebre Diario, los Goncourt escribieron: "Este era Taine, la encarnación de la crítica moderna, una crítica a la vez muy erudita, muy ingeniosa, y frecuentemente errónea más allá de lo imaginable". Hace tiempo que la crítica de Taine ha cesado de ser moderna; más todavía hay muchas personas a quienes la crítica moderna de nuestros días parece erudita, ingeniosa, y errónea. Yo me imagino un joven escritor de hoy, por ejemplo, haciendo casi las mismas observaciones si le tocara la suerte de encontrarse con T. S. Eliot en un salón literario, o me, dicho, para no caer en anacronismos, en un "cocktail party". Eliot es, para el mundo de habla inglesa, la encarnación de la crítica moderna. Claro está que su fama mundial depende más bien de su obra poética y teatral, porque el público en general se interesa poco o nada por la crítica, y mucho menos cuando se trata de una crítica erudita e ingeniosa, como es la moderna crítica, la verdaderamente moderna del siglo XX. La crítica moderna es aún menos popular que la crítica de otros tiempos; esto se debe en gran parte al hecho de que ya no pertenece al género de la historia literaria o artística, como la obra de Taine, ni al género de *belles lettres*, como la obra, pongamos por caso de Théophile Gautier o de Walter Pater. En otros tiempos uno leía una obra de crítica, sea porque nos presentaba un cuadro histórico sobre un lienzo grandioso lleno de figuras retratadas a lo vivo, sea porque nos deleitábamos con la lectura de bellas frases bordadas alrededor de algunas vagas ideas fáciles de asimilar. Ahora, si tomamos cualquier libro típico de la crítica moderna, por ejemplo *Principles of Literary Criticism* de I. A. Richards, o *Seven Types of Ambiguity* de William Empson, nos parece que tenemos en la mano un texto científico y no lo que suele llamarse un libro de amena lectura. Un crítico contemporáneo confiesa que ha leído el citado libro de Empson *trece veces*. Por cierto que el libro lo merece; ¿pero cuántos libros que valgan la pena encuentran los lectores? Muy pocos. A veces supongo que los críticos, como los poetas, son los únicos que leen sus libros.

Estamos de acuerdo, entonces, en que la crítica moderna es muy erudita, muy ingeniosa y frecuentemente errónea, tal vez no más allá de lo imaginable porque el hombre moderno puede imaginarse toda clase de errores con la mayor facilidad. Ahora bien, ¿en qué se distingue de la crítica de otros tiempos, por ejemplo de la Taine, caracterizada en los mismos términos por los Goncourt? Primero, hay una diferencia de intensidad, un factor cuantitativo. La crítica moderna es más erudita, más ingeniosa, más científica —y tal vez más errónea— que la crítica del pasado. Y esto no precisamente porque el crítico moderno sea un "super-hombre", sino porque vive en el siglo XX y por

tanto tiene a su alcance todas las aportaciones de la ciencia y de la tecnología moderna. Su mérito consiste en percatarse de esos inmensos recursos científicos que están a su alcance, y en utilizarlos plena y sistemáticamente en su tarea crítica. Esto es lo que da su carácter especial a la crítica moderna. Se puede objetar que Taine también utilizaba los recursos de la ciencia de su época, y que este esfuerzo es precisamente lo que define el carácter de su obra. De acuerdo. Pero hay una distinción fundamental, mucho más importante que el factor cuantitativo mencionado anteriormente. Taine vivió, por así decir, en los albores de la edad científica. Aún no se había concebido la edad electrónica ni la edad atómica, ni la posibilidad de un mundo completamente dominado por el materialismo. El positivismo parecía ofrecer una solución a todos los problemas humanos, mientras que los poetas podían quedarse soñando con la Belleza Ideal, que nada tenía que ver con el mundo práctico ni con la realidad. En ese ambiente de positivismo y mejoramiento, un crítico como Taine podía jactarse de adoptar no solamente los métodos científicos de la época, sino también los valores de la ciencia como norma y criterio en su labor crítica. El crítico moderno, al contrario, emplea los métodos y los conocimientos que le proporciona la ciencia, pero en muchos casos reacciona contra los valores científicos, contra el positivismo y el materialismo, que predominan en nuestro siglo. Resulta entonces que la crítica moderna es científica en su método, mas anti-positivista, en espíritu. T. S. Eliot, por ejemplo, está mucho más cerca de Rémy de Gourmont que de Taine o de Sainte-Beuve. Veremos en seguida la razón de esto.

Cuando Eliot redactó, en 1928, el prefacio a la colección de sus ensayos (la mayoría escritos con anterioridad a esa fecha) dijo que había sacado mucho provecho de su lectura de las obras críticas de Rémy de Gourmont. El crítico francés le ayudó a considerar la poesía esencialmente como *poesía* y no como otra cosa. Eso es lo que Eliot llama el problema de "la integridad de la poesía". Problema en apariencia fácil de solucionar, pues requiere simplemente que miremos a la poesía como poesía y no como otra cosa. La dificultad consistió en que nos obliga a encarnarnos con esta pregunta: ¿Qué es poesía? El hecho de que la crítica moderna se haya enfrentado sin vacilar con esa pregunta, y haya intentado contestarla con toda la seriedad posible, es un rasgo fundamental de esta crítica. La crítica moderna tiene el anhelo de la definición. No se lanza a la obra sin elaborar previamente una teoría de valores. No le gusta criticar sin saber lo que está criticando.

Pero volvamos a aquello de la poesía como poesía y no como otra cosa. No se trata precisamente de la "poésíe pure" por la cual abogara tan fervorosamente l'Abbé Bremond. Se trata, como dice Eliot, de mantener la integridad de la poesía. Sabido es que durante todo el siglo XIX, la tendencia fué hacer de la poesía "otra cosa". Por ejemplo, la expresión de los sentimientos personales del poeta; o el vehículo de aspiraciones sociológicas, tal la fraternidad universal. Y así por el estilo, hasta tal punto que apenas el lector hacía caso del poema que leía, pues

le preocupaban las ideas platónicas de Shelley o los amores nada platónicos de Lord Byron. Con la inmensa boga de Swinburne hacia fines de siglo, casi se puede decir que el arte de leer poesía se había perdido por completo. Y la prueba de ello está en que nadie sabía leer a los poetas metafísicos, del siglo XVIII, porque eran eruditos e ingeniosos, lo mismo que los críticos modernos, que han puesto aquellos poetas de moda otra vez, empezando por el genial John Donne. Es decir, que los críticos modernos nos han enseñado a leer poesía. Yo, por mi parte les estoy agradecido, porque en mi juventud nadie me hablaba de Donne, ni de Crashaw, ni de Marvell. Apenas sospechaba la existencia de una poesía que ponía en juego no solamente toda nuestra sensibilidad, sino también toda nuestra inteligencia. Y esto como poesía, no como otra cosa.

Según Eliot, "the emotion of art is impersonal". Por consecuencia, la crítica de arte debería también ser impersonal. La tarea del crítico consiste en reconocer la expresión de *emoción significativa*, es decir, emoción que tiene su vida en el poema y no en la biografía del poeta. Entonces la crítica honrada y la percepción fina se dirigen, no sobre el poeta, sino sobre el poema. Este concepto es fundamental en la crítica moderna. Los únicos que podrían considerarse como herejes dentro del canon, son los críticos psicoanalíticos, pues si bien no hacen gran caso de la biografía exterior del artista, en cambio buscan en su obra los modos de penetrar lo subconsciente y lo inconsciente, con resultados que en ciertos casos sin duda inspirarían horror y repugnancia al propio autor. Sin embargo, un crítico honrado y fino como William Empson, puede lograr excelentes resultados, en cuanto a la tarea crítica, utilizando la psicoanálisis, como él ha hecho al estudiar el libro de Lewis Carroll, *Alicia en el país de las maravillas*. Cerrando este paréntesis, cabe repetir que la crítica moderna, en general, concentra sus esfuerzos en el examen de la obra misma, empleando, en el caso de un texto literario, el método que en inglés se llama "close reading" y que los franceses llaman "explication de texte". Los métodos científicos empleados con más frecuencia y eficacia por la crítica moderna son los de la psicología, la lingüística, y la antropología. Pero antes de entrar en una discusión de estos métodos y su aplicación en la obra, de varios críticos, quiero notar algunas ideas más de T. S. Eliot, quien todavía conserva ciertos enlaces con el Impresionismo.

En cuanto a la teoría crítica, los dos ensayos fundamentales de Eliot son *Tradition and the Individual Talent* y *The Function of Criticism*, publicados respectivamente, en 1917 y 1923. El fin de la crítica, dice Eliot, parece ser la elucidación de las obras de arte y la corrección del gusto. Protesta contra la distinción que suele hacerse entre la labor creadora y la crítica. Mantiene que el esfuerzo crítico empleado por un buen escritor en la creación de su propia obra, representa la forma más elevada y más vital que la crítica puede haber. Los dos principales instrumentos de la crítica son el análisis y la comparación. Estos deben ser manejados con cuidado, y no empleados, por ejemplo, en una investigación acerca del número de veces que se mencionan

las jirafas en la novela inglesa. ¡Lástima que tantos aspirantes al doctorado se olviden de esta advertencia!

Han transcurrido siete lustros desde la publicación del ensayo de Eliot, *Tradition and the Individual Talent*, y ya se puede considerar este ensayo como un clásico de la crítica de nuestros tiempos. Como hace notar F. O. Matthiessen en su admirable estudio, *The Achievement of T. S. Eliot*, en la obra crítica de Eliot tenemos la primera evaluación completa de la poesía en idioma inglés desde los ensayos de crítica de Matthew Arnold, que aparecieron en 1865. Las principales manifestaciones de esta nueva evaluación halláanse en la restitución de los poetas metafísicos al alto rango que les corresponde en la tradición central de la poesía inglesa; el examen crítico y la reincorporación en esta misma tradición de algunos de los dramaturgos menos conocidos de la edad isabelina; la reivindicación del genio poético y crítico de Dryden, menospreciado por Arnold; y, de una manera general, la insistencia en la forma y en la técnica como bases de la apreciación y del gusto poéticos. Dicho de otro modo, Eliot insiste en que el crítico debe tener un sentido sumamente desarrollado del hecho concreto —"a very highly developed sense of fact"— y los hechos concretos en la literatura son la forma, la técnica, el lenguaje, la imagen. Como bien ha expresado Matthiessen, Eliot atisba la obra de arte con los ojos de un halcón, y luego se precipita sobre el punto exacto que mejor ilustra la cualidad de la obra entera. Como un ejemplo magistral de este método, podríamos citar el magnífico ensayo sobre Dante, poeta que tan honramente ha influido en toda la obra de Eliot.

Entre los precursores de la crítica moderna debemos mencionar dos figuras notables por su originalidad y por la influencia de sus ideas: el norteamericano Conrad Aiken y el inglés T. E. Hulme. Este murió joven, en 1917, durante la primera guerra mundial, dejando varios ensayos de crítica filosófica que se editaron en 1924, con el título de "Especulaciones". Aiken, más conocido como poeta que como crítico, vive aún. Publicó en 1919 un libro precursor: "Escepticismo". El ensayo de Hulme, titulado "Romanticismo y Clasicismo", coincide con las ideas principales de Eliot y es un documento básico de la crítica moderna. La divergencia entre los puntos de vista romántico y clásico es explicada por Hulme de la siguiente manera: El uno sostiene que el hombre intrínsecamente bueno, corrompido por las circunstancias; el otro mantiene que el hombre es intrínsecamente limitado, más disciplinado por el orden y la tradición hasta llegar a algo bastante decente. Para el uno, la naturaleza del hombre es como un pozo; para el otro, como un cubo. El punto de vista que considera al hombre como un pozo, como un depósito lleno de posibilidades, se llama *romántico*. El punto de vista que considera al hombre como un ser muy finito, se llama *clásico*.

Se puede objetar que todo esto tiene que ver más con la metafísica que con la crítica literaria. El caso es que la crítica moderna, a pesar de pegarse estrechamente al hecho concreto, a la obra de arte en sí, no se deshace fácilmente de

EN ESTADOS UNIDOS

414
207

de la experiencia que nos proporcionan los llamados placeres sensoriales. La premisa de que existe una categoría especial de actividad mental que impera en las llamadas "experiencias estéticas", es inadmisibles para Richards. El estima que lo primero que tenemos que hacer es espantar el Fantasma Estético, la Espectral Belleza, y la mar de palabras fantasmales que han rodeado la crítica desde los tiempos más remotos, hasta el punto que el lenguaje ha logrado cubrir y esconder de nosotros casi todas las cosas que discutimos. ¿El remedio? Estudiar las leyes de la semántica, y atender a los hechos concretos, buscar una base sólida para actividad poética y crítica. Esta base, Richards cree haberla encontrado en el sistema nervioso del hombre. El poema es un estímulo que produce ciertas reacciones, muy complejas e infinitamente variadas y entrecruzadas, en el sistema nervioso. Al exponer su *Teoría psicológica del valor* Richards concluye que lo bueno o valioso en la experiencia poética o artística está en el ejercicio de los impulsos y en la satisfacción de sus apatencias.

Resulta, en efecto, que Richards considera la poesía como una especie de psicología experimental. Los críticos norteamericanos. Allen Tate y John Crowe Ransom, que admiran los éxitos del profesor inglés sin aceptar la base teórica de su obra, han demostrado que el sistema de Richards, en cuanto pretende hacer del estudio de la poesía una ciencia exacta, carece totalmente de una base experimental. Ni Richards ni ningún otro psicólogo ha sometido a la prueba del laboratorio las pretendidas reacciones que el poema produce en el sistema nervioso. Por tanto no hay un verdadero criterio científico. Para Tate, el libro de Richards es "un ejemplo típico del fraude elaborado que el Positivismo ha cometido en contra del espíritu humano. He aquí la línea de batalla bien definida.

Con todo, no podemos abandonar a Richards en este trance. Sus mismos adversarios le admiran profundamente. Eliot, que ha hecho una crítica severa de su sistema, ha dicho sin embargo: "Tenemos que admitir que la obra de Richards habrá sido de cardinal importancia en la historia de la crítica literaria". William Empson, a la vez crítico y discípulo de Richards, observa que un error de éste puede ser mucho más valioso que los éxitos de otros escritores en este dominio. Lo más flojo del sistema de Richards está en su concepto del proceso poético como una especie de psicología aplicada, y en su famosa invención del término "pseudo-statement" para designar el discurso poético. A Richards en su calidad de hombre científico, le molestaba el hecho de que la poesía, con frecuencia dice cosas que no son verdades. Por ejemplo, que los árboles lloran, o que las flores sonríen. Para no llamarlas simplemente mentiras — como lo hiciera bellamente don Luis de Góngora — se le ocurrió llamarlas "seudo-declaraciones", es decir, declaraciones incapaces de ser verificadas y certificadas científicamente.

Tate, en su ensayo titulado *Literature as Knowledge*, demuestra que la distinción que Richards pretendía establecer entre la verdad científica — "the certified scientific statement" — y la ficción poética — "the pseudo-statement" — no es válida. Según escribe Tate: "Si

un poeta genuino emplea la llamada *seudo-declaración*, ésta no es ni verdadera ni falsa, sino que es un elemento en la totalidad del objeto creado: el poema." El esfuerzo crítico consiste precisamente en percibir esta cualidad total del objeto, a pesar de que, en las palabras de Tate, "este carácter integral de la obra de arte para siempre resiste una formulación práctica." Lo que hay que hacer con la obra de arte es conocerla, y esto no requiere una fórmula científica. Para Tate, como para Ransom, la experiencia esencial en la apreciación del arte es un acto de *cognición*. En las palabras de Tate, "literature is the complete knowledge o man's experience", o sea "la literatura es el conocimiento completo de la experiencia del hombre".

Allen Tate y John Crowe Ransom son los dos principales representantes del movimiento que suele llamarse "la nueva crítica" en los Estados Unidos. Ambos, como Eliot, son a la vez poetas y críticos, y en general su posición estética es semejante a la de Eliot: clásica y tradicionalista; aun, si se quiere, reaccionaria. El primer libro de Tate lleva el título de *Reactionary Essays on Poetry and Ideas*. Estos críticos han reaccionado contra las ideas y los valores que parecen dominantes en nuestra sociedad y en nuestro siglo. Contra el positivismo, el conductismo, el operacionalismo, el materialismo, y cuantos "ismos" se oponen a la supremacía del espíritu, la integridad del individuo, y la primacía de la cognición en toda actividad humana.

Es interesante notar que Tate y Ransom nacieron ambos en el Sur de los Estados Unidos, y que ambos fundaron, en 1922, la revista "The Fugitive" que dió su nombre al grupo de escritores que le rodearon, "The Fugitive Poets". Este resurgimiento del Sur en nuestra literatura, y especialmente en nuestra crítica, es de honda significación cultural. No podemos profundizar en el tema ahora, mas cabe subrayar que el Sur, en contraste con el Norte, representa una sociedad tradicional, y que por tanto el movimiento literario y crítico que proviene de aquella región llega cargado del factor "tradicional" y su tendencia es de desarrollar una literatura y una crítica tradicional y clásica. Desde este punto de vista, la poesía de Ransom y de Tate, al igual que sus ensayos de crítica, forman un conjunto homogéneo y sumamente instructivo para el que desee estudiar el aporte regional en nuestra cultura. Para completar este grupo de poetas-críticos del Sur, debemos mencionar a Cleanth Brooks, Donald Davidson y Robert Penn Warren, este último mejor conocido actualmente como novelista, debido sobre todo al gran éxito de su novela "All the King's Men", que tiene una relación estrecha con la estética y la metafísica de este grupo. Tres nombres más, los de R. P. Blackmur, Kenneth Burke y Yvor Winters, pueden servir para establecer la presencia de otros tantos elementos vinculados con "la nueva crítica".

El profesor norteamericano William Elton, en la introducción a su valioso folleto titulado "A Guide to the New Criticism", hace la observación de que la llamada "nueva crítica" no es tal en realidad, sino que representaba la confluencia de varios sistemas nuevos con

varios sistemas antiguos. Para demostrar su genealogía, estableció una tabla sinóptica trazando las derivaciones y los cruzamientos de las diversas tendencias y sus principales representantes. Según Elton, "la nueva crítica" tiene dos corrientes básicas: una procedente del sistema metafísico, "orgánico" y kantiano de Coleridge; otra procedente del sistema sociológico, utilitario y positivista de Bentham. Como había de suponerse por lo expuesto anteriormente, el principal representante de esta segunda corriente es I. A. Richards, cuya orientación es naturalista. Unido a él por sus tendencias sociológicas, psicológicas y semánticas, es el norteamericano Kenneth Burke, cuyo máximo esfuerzo ha sido el interpretar la literatura como "acción simbólica", quien ha influido hondamente en el pensamiento y la metodología de casi todos los "nuevos críticos". El inglés William Empson deriva de Richards por su preocupación con la semántica, pero se acerca al grupo de Tate, Brooks y Warren por su preocupación con el simbolismo orgánico y con el conflicto interior de las estructuras metafísicas. También derivada de Richards, aunque desarrollada con gran originalidad, es la "teoría de la ambigüedad" o de "la significación múltiple", empleada por Empson con tan brillantes resultados. Yvor Winters, colocado por Elton al lado de Richards y Burke, es en realidad una figura solitaria, cuya preocupación ética le vincula con el neo-humanismo de Irving Babbitt, y quien por otro lado se acerca a Eliot por su tradicionalismo.

Volviendo a la tabla genealógica, miremos esta vez a la descendencia de Samuel Taylor Coleridge, el poeta y filósofo inglés que murió en 1834, pero cuyo pensamiento sigue siendo una corriente vital en toda la crítica moderna. La importancia de Coleridge, para decirlo de un modo muy somero, consiste sobre todo en que él, como poeta y como crítico, utilizó sistemáticamente todos los recursos de la filosofía y de la metafísica, de la inteligencia y de la intuición, en un magnífico esfuerzo para resolver los problemas fundamentales del Arte, de la Imaginación y de la Naturaleza. Entonces fué el precursor de aquellos poetas-críticos y críticos-filósofos de nuestro tiempo, quienes luchan con los mismos problemas y encuentran en la obra de Coleridge todo un arsenal de armas y de ideas. Es interesante notar que Richards publicó, en 1935, un libro titulado "Coleridge on Imagination", que marca una nueva etapa en su evolución crítica porque Richards ha evolucionado hasta el punto de estar bastante más cerca de la posición de Eliot, Ransom y Tate que lo estuvo cuando escribiera "Principles of Literary Criticism". En su libro sobre Coleridge vemos que dice: "Poetry is the completest mode of utterance", que suena casi como una declaración de Tate o cualquiera de sus compañeros. En cuanto a la influencia de Coleridge, ésta se ha dejado sentir en toda la estética moderna, tanto directamente como indirectamente, a través de Poe y Baudelaire y los simbolistas franceses, hasta penetrar grandes sectores de la poesía contemporánea en Inglaterra y Estados Unidos. Allen Tate ha observado que el dilema central de Coleridge consiste en que éste no puede decidirse entre la metafísica y la psicología como base de la expe-

riencia poética. Y esto sigue siendo el dilema de la crítica moderna, aunque algunos críticos se hayan declarado por la metafísica y otros por la psicología.

Para concluir con nuestra genealogía, encontramos el impresionismo de Rémy de Gourmont y el clasicismo de Hulne confluendo en la crítica de Eliot, donde los restos del impresionismo se mezclan con el formalismo tradicional. A estos mismos elementos se añade de la semántica en la obra de Blackmur, cuyo paciente y laborioso trabajo lingüístico le asegura el auge en este campo. De Ransom y Tate, descendientes directos de Eliot, ya hemos hablado. Finalmente, llegamos a Brooks y Warren, los portaestandartes del movimiento en las universidades norteamericanas.

Elto, en el mencionado folleto, observa que la "nueva crítica" en Estados Unidos debe considerarse, en sus orígenes, como una de varias tendencias que, en el período entre la primera y la segunda guerra mundial, reaccionaron contra el caos espiritual y la falta de criterio que se hicieron sentir en esa época. Una de aquellas tendencias fue el neo-humanismo, dirigido por Paul Elmer More (1864-1937) e Irving Babbitt (1864-1937), ambos importantes figuras en la historia de la crítica norteamericana. Otra tendencia fue la del determinismo económico, de compleción marxista, encabezada por Granville Hicks. Ambas tendencias fueron superadas por una tercera, que al principio se llamó "estética", y que luego recibió el nombre de "nueva crítica", debido sobre todo al libro que con ese título publicó Ransom en 1941. En este movimiento algunas ideas viejas y métodos ya conocidos se renovaron y tomaron nuevo impulso en el seno de algunos espíritus consagrados y algunas mentes esclarecidas. Durante la década de 1940 a 1950, la "nueva crítica", afirmó su prestigio en nuestro ambiente intelectual y con sólido su posición en las universidades, siendo su mayor triunfo en este sentido la incorporación del método analítico en el estudio de los textos literarios, y como consecuencia la elevación de la crítica a un nivel más alto en cuanto a disciplina académica.

Esto me recuerda una anécdota, relatada por Tate. Se trata de un estudiante ya graduado que en su primera clase del curso pregunta al profesor: "¿Cuál es el propósito final de la investigación post-graduada en el campo de la literatura inglesa?" Y el profesor, cuya especialidad era la bibliografía inglesa desde 1840 hasta 1850, le contesta: "Echar los cimientos de la crítica literaria". Nuestro joven queda muy contento, porque secreta y discretamente aspira a ser crítico literario algún día. Un mes después, el profesor asigna un trabajo escrito a la clase, y al hacerlo dice a los estudiantes: "Señores, en estos trabajos tenemos que mantener el punto de vista de los estudios post-graduados. Nada de impresionismo. Nada de crítica literaria".

Antes de terminar este trabajo debo advertir que en un principio pensaba titularlo "La nueva crítica en Estados Unidos" poniendo el título entre comillas para darle su significado especial. Pero después pensé que tal vez ese título no resultaría bastante claro a primera vista, y que posiblemente podía de sorrientar en vez de orientar a mis lectores. Sin embargo, lo cierto es

O ALEIJANDINHO

Por WALDO FRANK

A Minas Geraes, Brasil, llegó lo más hermoso de las razas negras: los Jolofos, los Sereres, bellos como los egipcios, los Fulahs y los Ashantis, que son frecuentemente más cultos y letrados que sus amos. Y en sus ciudades coloniales, tales como Ouro Preto, Congonhas do Campo Sabará, etc., trabajó un mulato (hijo de una esclava) llamado Antonio Feo. Lisboa y conocido con el sobrenombre de O Aleijandinho, porque era leproso. La labor de sus manos podridas hace de él, según mi juicio, el artista plástico más grande del hemisferio desde las culturas precolombinas de México, América Central y de los Andes.

que mi tema central ha sido "la nueva crítica", según acabo de definir esa tendencia, y he de confesar franca y honestamente que si he destacado este aspecto del panorama general de la crítica moderna, es porque me atrae y me interesa personalmente, y por tanto es el aspecto que más he estudiado y que mejor conozco. Si no me engaño, también es esta la tendencia que más auge ha alcanzado en el segundo cuarto del siglo XX. Creo que esto es un juicio objetivo que los hechos comprueban y que la historia confirmará.

Claro está que hubiera podido referirme a muchas otras tendencias, sistemas y personalidades en la crítica contemporánea de los Estados Unidos. Por ejemplo, el método biográfico-freudiano de Van Wyck Brooks, la tendencia sociológica-nacionalista de Bernard de Voto, la tendencia iconoclasta de H. L. Mencken, el método histórico-ideológico de Vernan Parrington o de Howard Mumford Jones, el sistema folklórico-tradicional de Constance Rourke, el método exegético-psicoanalítico de Edmund Wilson, y muchos más. Por lo menos, con el mero hecho de mencionarlos, cumplo el deber de señalar la diversidad y copiosidad de la actividad crítica en Norteamérica, diversidad que forma parte esencial de nuestra cultura y de nuestra tradición literaria.

Por cierto que la "nueva crítica" ha sido muy discutida en Estados Unidos como acontece en todas partes y en todos los tiempos cuando un movimiento intelectual impone su influencia y afirma su prestigio al lograr la aceptación extensa de sus métodos y sus valores. El ataque más reciente ha sido lanzado por la llamada "escuela de Chicago", o los "críticos aristotélicos" que tiene su fortaleza en la Universidad de aquella ciudad. Los "aristotélicos", encabezados por el profesor R. S. Crane, acaban de desplegar sus fuerzas en la forma de un voluminoso libro titulado "Criticism and Criticism", editado por la Universidad de Chicago. Posiblemente esta publicación señala el comienzo de otra batalla crítica que llenará el tercer cuarto del siglo XX, así como el ascenso de la "nueva crítica" llenó los cinco lustros anteriores. Tal vez lo interesante en todo esto, es que todavía no hemos acabado con la Poética de Aristóteles. Y yo ahora me pregunto: ¿Dónde están los neo-platónicos de antaño?

O Aleijandinho fue un hombre oscuro y amarillo, con una cabeza pesada sobre un cuerpo corto y macizo, y un rostro delicado. Un hombre lleno de amargura. Hijo bastardo de don Manuel Francisco da Costa Lisboa y de una esclava africana, llamada Isabel. Llevó la doble maldición de su raza y de su nacimiento amargamente. En su juventud aprendió todo lo que los arquitectos y escultores del siglo XVIII colonial de Minas podían enseñarle. El Brasil portugués había llegado a su esplendor original plástico un siglo antes en Bahía, Olinda, Pernambuco, y había decaído. Ahora los artistas copiaban desmañadamente el rococó de Lisboa, la cual a su vez lo había copiado de Francia. El joven mulato despreció las artes corrientes de su tiempo y de sus maestros. Fue un artista arrogante y triunfador.

Dios le amó con un amor singular. Por esto le purificó. A los 45 años, le dió una lepra. "Se le pudrieron y se le cayeron los dedos de los pies; no podía andar, tenía que arrastrarse y caminar de rodillas. También los dedos de las manos se le pudrieron. Y los párpados se le convirtieron en llamas. Perdió los dientes; y su boca vino a ser una muca espantosa y oscura como un abismo. Tan siniestra y terrible era su apariencia, que los que le veían en la calle huían des-pavoridos".

Pero fue un artista famoso en todas las ciudades de Minas. Compró un esclavo que se llama

maba Januario, para que le ayudase en su labor. Januario, aterrizado ante la presencia de su nuevo amo, intentó suicidarse. O Aleijandinho, le sacó el cuchillo del pecho, le curó y le enseñó. Le enseñó a ayudarlo y a amarle.

Entonces comienza su gran labor. Se amarraba el cincel a sus dedos podridos y esculpía. Llevaba un sombrero de amplias alas para ocultarse el rostro. Trabajaba todo el día bajo la tienda que él levantaba dentro de la iglesia; les arrojaba piedras a los que se acercaban a husmear; y al anochecer, defendido por las sombras, se arrastraba hacia su casa buscando la cama en donde descansar.

Fue, un hombre apasionado, con la doble pasión del genio y de los aires afrodisíacos de Brasil. No tuvo nunca mujer. Dios le amó. Y cruelmente, despiadadamente, le puso a trabajar. Y con el cincel sujeto al podrido muñón de su mano con una correa, y los ojos encendidos y en carne viva, llevó la revelación de la belleza a la piedra y a la madera en las iglesias hasta la edad de 83 años en que un día sacaron su cuerpo muerto de la tienda, para darle sagrada sepultura. (Vivió de 1730 a 1814. Fue contemporáneo y vecino de Tiradentes, el precursor del movimiento por la independencia de Brasil)

Las esculturas de O Aleijandinho, principalmente las de Congonhas y de Ouro Preto, son una rebelión contra el arte

frívolo de la metrópoli y contra los maestros frívolos del Estado y de la Iglesia. Desde esta rebeldía, como Dante desde su infierno, levanta su mundo ascensional, su misterio de aceptación. Sus profetas son severos viendo las llamas de los hombres. El grupo de soldados que torturan a Jesús en Os Passos de la Vía Crucis es la floración terrena, torpe, de fragancia animal; y Jesús la ternura de la fuerza, la última flor de la tierra que se escapa de la tierra. Las iglesias de Sao Francisco y del Carmen en Ouro Preto, la de Sao Francisco, en Sao Joao de 'El Rei, son transfiguraciones de la melodiosa tierra de Portugal en una belleza más terrena y más espiritual. Otra vez, de la fuerza a la ternura; de la fuerza complicada a la ternura sensible. Toda la labor de este hombre trágico, como la de su maestro Jesús, es ternura: la fuerza última la magia final. (Fragmentos del libro "Viaje por Sudamérica por Waldo Frank. Editorial Cuadernos Americanos. N° 6 México)



LA PUBLICACION DE UN

ANUNCIO

EN TAMAÑO IGUAL A ESTE
3 Col. X 6"

EN TINTA DE COLOR O EN NEGRO Y BLANCO

CUESTA SESENTA Y TRES COLONES

\$ 3.50 la columna por pulgada

Aproveche la amplia
circulación y el gran
interés de este

SUPLEMENTO ADEMÁS...

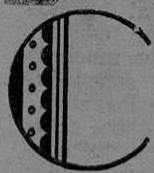
Un anuncio publicado
representa

un negocio bien llevado.

Hispanoamericanismo y Nacionalismo

416
208

Por Guillermo Hoyos Asores



CUANDO la Comisión de Tarifas del Congreso recomendó que se gravaran con impuestos prohibitivos las importaciones de zinc y de plomo, puso a Eisenhower ante una ardua disyuntiva. De una parte estaban los intereses de los Estados mineros del oeste, cuyo voto pesará mucho en las próximas elecciones parlamentarias, y de la otra la posición de Estados Unidos dentro del concierto interamericano. El alza de los aranceles habría afectado duramente al Canadá, y hubiera sido ruinoso para el Perú y México. En este último país, por ejemplo, se consideraba inevitable la parálisis de un sesenta por ciento de la minería, industria cuya producción representa, como valor en dólares, la quinta parte del comercio exterior mexicano. Tan rudo golpe a las tres naciones mencionadas, dos de ellas limítrofes con los Estados Unidos, hubiese tenido serias consecuencias económicas y sociales, de una repercusión política ingrata en el Continente. No podía darse nada de peor efecto para las relaciones de la Unión con sus vecinos, máxime en un período de crisis como el actual. Por fortuna Eisenhower ha salido airoosamente del trance: no gravará al zinc y al plomo, pero asegura a la industria doméstica la salida a buen precio de sus minerales, que serán adquiridos por el gobierno para la acumulación de reservas. De tal suerte se concilian, al menos por ahora, los intereses en conflicto, y los Estados Unidos hacen una demostración de buena política americanista, abriendo así una perspectiva promisoriosa a la Conferencia económica de Río de Janeiro.

Pero como es seguro que los proteccionistas volverán a la carga, los países mineros deben aprovechar este respiro para algo mejor que la búsqueda de soluciones circunstanciales y precarias. La decisión salvadora de Eisenhower se ha debido en buena parte —no lo olvidemos— a la última Conferencia Interamericana y a los sucesos de Guatemala. En Caracas se formó espontáneamente un frente unido en materia económica, ante el cual Foster Dulles hubo de reconocer que "quizá las quejas de las naciones latinoamericanas tuvieran fundamento", allanándose en consecuencia a la convocatoria de una reunión especial para examinarlas. Lo ocurrido en Guatemala antes y después de la caída de Arbenz dió al gobierno norteamericano una prueba impresionante de la peligrosa situación social de los países "subdesa-

rollados", y de la influencia de ella en el sentimiento público hacia los Estados Unidos. Así un primer atisbo del problema americano en conjunto empieza a determinar cambios en la política continental de la gran República. Pero ésta no ha tomado todavía una línea precisa, entre otras razones porque la libertad de acción de su gobierno está trabada por la resistencia de factores internos muy poderosos. En relación con ellos los de Hispanoamérica son la parte más delgada del hilo, y mientras sigan siéndolo— es decir mientras estas repúblicas continúen desunidas— habrá peligro de que la hebra se rompa por allí.

Si instamos a los Estados Unidos a modificar el sistema de sus relaciones con nuestra América, debemos también ocuparnos de enmendar nuestros propios errores. Estaría muy mal que fuésemos a la Conferencia de Río como una pluralidad de solicitantes, atento cada cual a lo suyo, sin un plan coherente, sin una orientación común. Los intereses económicos de estos países son parejos, lo que refuerza sus vínculos espirituales. Pero no basta con que la coincidencia de sus aspiraciones les permita apoyarse mutua y ocasionalmente en presencia de los Estados Unidos, porque hace falta algo más sólido, más durable y de mayor aliento: una política económica iberoamericana. Esto no sólo nos conviene a nosotros, para defendernos mejor, sino también a los norteamericanos, pues siempre les será más fácil entenderse con un bloque de naciones bien organizado que con un grupo inconexo de pediguños. La necesidad de forjar esa política se nos presenta con mayor evidencia todavía si, en vez de limitarnos a la consideración de los problemas inmediatos, nos ponemos a avizorar el porvenir.

Es absurdo que estas repúblicas, poco pobladas, escasas de capital y de recursos técnicos, en pugna la mayor parte de ellas con una naturaleza bravia, se empeñen en planear su desarrollo económico independientemente las unas de las otras, en un cuadro angosto, sin horizontes. Es preciso mirar más alto y más lejos, pues entonces los grandes recuerdos del pasado nos ayudarán a descubrir las rutas del futuro. En los siglos XVII y XVIII el Perú, Chile, lo que es hoy Bolivia y los vastos territorios en un principio llamados del Paraguay— o sea los que constituyeron más tarde el virreynato de Buenos Aires— formaban una gran unidad económica, cuyas partes eran mutuamente complementarias. Panamá, centro durante largo tiempo del comercio ultramarino, estaba en estrecho contacto con Lima, y era continuo el tráfico mercantil entre el Callao y Acapulco, sede por entonces del comercio con Oriente. Los pueblos de nuestra estirpe vivían en buena parte de intercambiar sus productos, y se asistían recíprocamente, si bien en esta función de ayuda a las zonas más pobres el papel principal estaba a cargo de los opulentos virreynatos de México y el Perú que socorrían a aquéllas con los "situados". En términos de grandeza pensaron también los próceres de la Emancipación. Pero después, andando la pasada centuria— que para Hispanoamérica fue efectivamente el "estúpido siglo XIX", de Dau-

det— se empequeñeció nuestro criterio, y así seguimos por culpa de preocupaciones nacionalistas angostas y mórbidas que algunas gentes confunden con el patriotismo, cuando este noble sentimiento es en verdad la antítesis de aquéllas. El concepto de Patria no sufre desmedro, sino se fortalece y magnifica, al encuadrarse dentro de la gran comunidad de cultura que es esta América Española, espléndidamente diversa, compuesta de pueblos con particularidades acusadas y vigorosas, pero una por el origen y por el destino. No es ella simplemente una fatalidad geográfica, sino también, y sobre todo, una magna creación de la Historia. Por eso es tan absurdo desconocerla, como interpretarla antihistóricamente, en un sentido arqueológico y racista cargado de discordia. La realidad que vemos desde el Río Bravo hasta Magallanes— idioma, creencias, costumbres, virtudes y defectos, estilo vital, mestizaje, simbiosis de culturas— no es Indoamérica, sino Hispanoamérica.

Pero lo que no pudo hacer en siglo y medio la fuerza del espíritu, lo harán las necesidades económicas. Estas van apremiando a medida que el crecimiento de la población agrava los problemas antiguos y plantea otros nuevos. ¿Podrá hallarse solución si estos países continúan siendo principalmente productores de materias primas, sujetos a contingencias inciertas de mercado y precios? El caso reciente del plomo y del zinc nos ha hecho ver una vez más lo precario de nuestro sistema económico. Las reservas de minerales de Estados Unidos pueden llegar a límites que hagan imposible en lo futuro el arbitrio salvador ideado ahora por Eisenhower. En Cuba se acumulan los excedentes de azúcar. En Chile las de cobre, que pasan ya de 150 mil toneladas. Nadie puede asegurar que la limitación de los cultivos algodoneiros siga manteniendo indefinidamente a flote los precios de esa fibra. Bastaría que los enormes excedentes de cereales de los Estados Unidos y del Canadá se pusieran a la venta, aunque solo fuese en parte, para arruinar a la Argentina y al Uruguay. Si los proteccionistas lograsen cerrar el mercado norteamericano al petróleo extranjero, varias naciones, como Venezuela por ejemplo, sufrirían una verdadera catástrofe. Además pasa sobre América Latina la amenaza no lejana de que las colonias británicas y francesas de África se conviertan, gracias a sus mínimos costos de producción, en competidores irresistibles, como sucedió cuando los ingleses organizaron los plantíos de caucho en la Península Malaya.

Para elevar su nivel de vida, y satisfacer sus crecientes necesidades las repúblicas iberoamericanas tienen que aprovechar industrialmente sus riquezas, y esto no es posible sino en un cuadro más amplio que el de las fronteras nacionales. Ni siquiera las mayores y más pobladas, como México y la Argentina, cuentan con mercados y medios suficientes para hacerlo aisladamente, salvo en escala reducida. En un ámbito de poco consumo la producción manufacturera es forzosamente cara y mala, y tiene que vivir a expensas del resto de la eco-

nomía, dentro de un régimen proteccionista opresor; y es ilusorio pensar que una industria naciente pueda lanzarse a conquistar los mercados de fuera en competencia con las grandes naciones fabriles del mundo. Estamos viendo así como en Chile, y aún en el Brasil— pese a sus cincuenta millones de habitantes— el proceso de industrialización coincide con el agravamiento del fenómeno inflacionista. Esfuerzos coordinados, combinación de recursos, planeamiento del desarrollo económico en amplias zonas de producción y consumo: he aquí la verdadera fórmula. Naturalmente la empresa es difícil y demanda tiempo. La obra de integración habrá que realizarla por etapas y por regiones, sin perjuicio de un entendimiento general iberoamericano para la defensa de los intereses comunes. En el sur del Continente, verbigracia, hay tres países soberbiamente dotados de minerales, de combustibles, de caídas de agua, de fertilizantes, pero con población exigua y poca tierra de labor: Perú, Bolivia y Chile. A su vera está uno de los principales graneros del mundo, la Argentina, que tiene 18 millones de habitantes con una capacidad de consumo relativamente alta, pero que, en cambio, carece de carbón, de hierro, de cobre, de estaño y hasta cierto punto de petróleo. Si estas repúblicas, en vez de concebir su progreso en términos de un nacionalismo estrecho y miope, constituyen una unidad económica en beneficio mutuo, los resultados serán sin duda extraordinarios. Hay una tendencia mundial a la formación de grandes espacios económicos, y con tal fuerza, que no bastan a contenerla las más hondas rivalidades históricas. Pueblos que hace apenas dos lustros se hacían guerra a muerte, como Francia y Alemania, son ahora socios de la Comunidad del Hierro y del Carbón. ¿Cómo no ha de ser, pues, natural que las naciones iberoamericanas, enlazadas por tantos vínculos, solidarias por mil motivos, unidas por los mismos intereses, hagan algo semejante,

Por supuesto que para su transformación económica nuestra América necesita la ayuda de Estados Unidos. Pues bien, ella será más fácil de lograr, y más fecunda, cuando en vez de demandas dispersas haya planes de mayor amplitud y mejores posibilidades. La coordinación iberoamericana no debe ser ideada como opuesta al sistema continental, sino al contrario, como una manera de darle equilibrio y solidez.

Por ahora precisa atender a lo más premioso: la defensa conjunta de las reclamaciones hechas ya a los Estados Unidos en Caracas. ¿Irán estos países a la Conferencia de Río sin orden ni concierto?



DIALOGO SOBRE CUESTIONES INDIGENISTAS

MANUEL GAMIO

El indianófono

El desarrollo integral del Continente Americano es obstaculizado de continuo por los grupos racialmente inferiores que habitan desde Alaska hasta Patagonia. Aborígenes de mentalidad negativa, no quieren y aunque quisieran no podrían incorporarse a la civilización moderna, pues se lo veda la personalidad primitiva que los caracteriza y siempre los ha mantenido en los más bajos niveles de evolución social, por lo que durante cuatro siglos han sido lastre que entorpece en todos sentidos la marcha de los hombres blancos con quienes conviven.

¿Pretenden los indianistas retrotraer al indio a aquellos que consideran maravillosos tiempos de Moctezuma y Manco Capac, cuando no tiene noción alguna de su pasado y vive fatalmente conforme y satisfecho con sus miserables condiciones de vida, que no quiere substituir por las de la civilización moderna por considerar que aquéllas son normales? ¿Esperan europeizarlo a toda costa de la noche a la mañana? La evolución completa del indio es empresa de siglos, muchos siglos, así que no hay que desperdiciar en él, grandes, inútiles y extemporáneos esfuerzos que principal, si no exclusivamente, sería más fructífero dedicar a la población no indígena de América, que es la que está progresando de manera rápida y positiva.

El indianista:

Los indígenas cuyos antecesores descubrieron y colonizaron América muchos siglos antes que Colón y los españoles lo hicieron, son como los individuos de cualquier otra filiación, pues sucesivamente han ascendido y descendido en su evolución. Por ejemplo, los teotihuacanos y los mayas de México alcanzaron altos niveles culturales cuando los habitantes de varios países europeos estaban en situación más que primitiva; posteriormente estos últimos evolucionaron ascendentemente, en tanto que aquéllos retrocedieron hasta los bajos niveles que hoy ocupan.

La cultura europea introducida en América en el siglo XVI correspondía a un nivel evolutivo en varios aspectos más alto que el que mostraban las culturas precolombinas, las cuales por lo demás ofrecían interesante desarrollo artístico, técnico y científico, como sucedía por ejemplo con la arquitectura, la escultura, la cronología, la domesticación de diversas útiles plantas, etc.

Después de la conquista la situación del indio empeoró considerablemente pues le fué prohibido acogerse a su pintoresca mitología, edificar templos, esculpir y pintar, poseer una avanzada organización en cuanto a propiedad de la tierra, como sucedía con el ayllu peruano, medir el tiempo con un sistema que era tanto o más perfecto que el europeo, etc.

De la cultura europea, el indio recibió migajas insignificantes, pues beneficiaba casi exclusivamente a los invasores, según lo demuestran de manera irrefutable, las miserables condiciones de vida en que vegetó durante la Colonia y en diversos aspectos lo

sigue haciendo en la actualidad.

El indio:

Deseo tener más dinero para satisfacer mis necesidades, pero no quiero variar en nada mi manera de vivir, que es la que me legaron mis antepasados.

Durante la época Colonial viví esclavizado y posteriormente se me ha explotado y engañado con toda frecuencia. Aun quienes de buena fe pretenden intervenir en mi vida, no comprenden que ellos viven en un mundo y yo en otro distinto. Me tildan por ello de fatalista, conformista y retrógrado. No los entiendo ni me entienden. Seguiré atendido en mis enfermedades por los curanderos y para ciertos problemas consultaré a los brujos; aunque me llamen pagano por los vestigios de la vieja religión que aún conservo, no puedo olvidarlos; continuaré mi producción artística-industrial de hilados, tejidos, bordados, sarapes, vasijas, etc. de la misma manera que siempre lo he hecho o sea manualmente, y para las formas y decoraciones no admitiré otros motivos artísticos que los inspirados por la tradición y por mi propia idea. Lo mismo digo de mis hábitos, costumbres y manera de trabajar. Critican que yo beba pulque, chicha o alcohol. ¿Pero acaso no se hace lo mismo en las ciudades?

El indianófono:

Esas declaraciones del indio con firman su inferioridad e incompleción. No hay manera de redimirlo.

El indianista:

Si el indio, no se da cuenta de la conveniencia de abandonar y substituir ciertas características de su vida, por otras que le resultarían más favorables, sus detractores, que en general pertenecen a un nivel cultural más alto, son aún más incomprensivos.

En el indio concurren, en diversas proporciones, características de vida material e intelectual de tipo precolombino y de tipo occidental, siendo muy alta la proporción de la primera en los grupos que viven en parajes aislados y selváticos para descender conforme están más cercanos a regiones inmediatas a los grandes centros urbanos.

A fin de lograr éxito en la aculturación del indio, hay que proceder gradualmente de acuerdo con las etapas de evolución a que está incorporado, siendo necesario en primer término, conocer el carácter de las múltiples supervivencias psico-culturales de tipo precolombino correspondientes a tales etapas; para ello debe

acudirse a los métodos de las ciencias sociales, pues así podrán formularse de modo autorizado los medios prácticos de aculturación que haya que aplicar.

De esas características precolombinas varias son de muy alto valor, en tanto que otras adolecen de grandes deficiencias o resultan del todo perjudiciales, sucediendo exactamente lo mismo con las características de la civilización occidental, según demuestran los siguientes ejemplos.

La expresión artística del indio prehispánico fué muy notable y aún hoy en día lo sigue siendo aunque limitada a la producción de lo que puede denominarse artes menores, lo cual es natural pues tiene millares de años de interpretar los bellos motivos de la naturaleza en el medio americano; esa producción tuvo como principal fuente de inspiración la vieja cósmica mitología que en gran parte presidió sus manifestaciones estéticas.

Entre los aborígenes es innato el espíritu democrático, observándose que éste es más acentuado conforme viven más alejados de los centros de cultura occidental, donde las influencias nocivamente la frecuente corrupción política y administrativa de los llamados centros civilizados, siendo ejemplo fehaciente de ellos los justos y sapientes consejos comunales de ancianos.

Por su larga estancia en el Continente, los habitantes autóctonos han creado poderosas defensas biológicas de que carecen los de procedencia occidental; de otra manera ya habrían desaparecido, dadas las difficilísimas condiciones en que han vegetado desde la Conquista hasta estos días.

Generalmente, respecto a cultura intelectual o sean las ideas éticas, estéticas, religiosas, etc., de los grupos aborígenes, no existen cánones que puedan conceptuarlas como inferiores o superiores a las correspondientes occidentales, de modo que hay que actuar cautamente al intervenir en tales materias.

En cuanto a sus características de cultura material, si hay muchas desfavorables y deficientes que deben corregirse, desplazarse o substituirse; atención de las enfermedades por brujos y curanderos con las consecuentes altas cifras de mortalidad y morbilidad; anacrónicas y defectuosas técnicas agrícolas e industriales; inconfortable e insalubre habitación; dieta generalmente vegetariana e incompleta; primitiva herramienta y escasos enseres domésticos, etc.

Son muy numerosas las características de cultura occidental que deben introducirse en la vida indígena, pero para ello no sólo se requiere la acción del factor

económico, sino que al mismo tiempo hay que enseñar, educar y demostrar al indio que muchas de esas características son más útiles y favorables que las anticuadas que han heredado. En efecto, en casi todos los pueblos existen indios ricos, los cuales viven de manera igual o análoga a como lo hacen los que carecen de medios económicos, y esto es porque no se dan cuenta de que su existencia sería mejor si la modernizasen en varios de sus aspectos.

Por supuesto que la cultura occidental tiene modalidades oprobiosas y dañinas que hay que procurar no contaminen al indio que aún las ignora. ?

El alcohol de caña y en general el de alta graduación no era consumido por él antes de la Conquista, pues ignoraba el proceso de destilación y sólo elaboraba bebidas fermentadas que tenían graduación alcohólica análoga a la de la cerveza, como son el pulque, la chicha y otras; con el alcohol los europeos introduje-



ron la lacra que más ha dañado su vida biológica y socialmente. La corrupción política a que ya se hizo referencia en la introducción

en la ética familiar, tan frecuente en los centros urbanos, y otras deficiencias de la población indígena arrastrarían a la que es a más lastimosa situación que la que hoy presenta.

En resumen: lo conveniente, lo necesario, lo que por lo demás se está haciendo automáticamente de cuatro siglos a la aunque de manera más defectuosa, es acordar de una manera autorizada la vivencia de las características de la cultura indígena.



COCINA TRADICIONAL

Por Gonzalo CHACON TREJOS



ENOS aquí, alborozados, porque doña Amparo de Zeledón nos anuncia en el "Diario de Costa Rica que asumirá la dirección

de una página dedicada a la cocina costarricense, la cual desaparece a ojos vistas, con grave daño para la economía y grandeza de la patria. Porque, francamente, aquí la gente ya no come, o por lo menos no sabe qué es lo que come; tal es la cantidad de pseudo alimentos importados que ingiere, después de sacarlos con un abre-latas de tarros vistosos cuyo contenido ignora, atendida a lo que dicen los falaces rótulos.

Consumimos una barbaridad de leches en polvo o condensadas, carnes y pescados en jugos inverosímiles, frutas, legumbres, quesos, jaleas y ¡hasta frijoles con chanchó y tamales en lata!

Y somos tan sandios, que creemos alimentarnos comiendo estultamente esas bazofias. La verdad es que aquí ya nadie come, ni siquiera los ricos, que se empuercan el estómago y se tornan avaros y sórdidos a fuerza de masticar con elegancia guisotes mal copiados del extranjero, latas venenosísimas, vinos que son una mala chicha y —¡válganos Dios!— has ta aguas embotelladas que saben a corcho viejo, aquí, en la tierra bendita del agua sin par. Eso no es comer ni beber.

¡Eso es morir de hambre y de sed!

Con las suculentas y digestibles comidas de antaño se fueron la alegría, la carcajada resonante, la salud y el plácido contento. Por eso los costarricenses ya no reímos, con reír jocundo, regocijado y potente; pero en cambio, bostezamos de hambre, debilidad y desaliento; por eso hemos perdido el entusiasmo vibrante, carecemos de energía creadora y no sentimos la sacudida de las pasiones ardientes. Mal alimentados, nos falta vigor y entusiasmo para la política, para las polémicas saludables, las empresas y el amor. Hoy carecemos de grandes escritores, de atrevidos empresarios; la política es cosa de hambre, negocio de pitanza, como el ejercicio de las profesiones y los delirios del amor. Eso nos pasa porque es imposible ser generosos sin envidia, hacer un buen soneto, escribir una página bella y jugosa, acometer una empresa de aliento, hacer política renovadora y pujante, y amar hasta el delirio a una mujer, teniendo el estómago ayuno de vituallas nutritivas, frescas, con las vitaminas vivas.

Tras médico mal sustentado, entierro seguro; con abogado mal comido, enredo infalible y pleito perdido. Un escritor con hambre sólo discurrirá sandeces; un enamorado famélico hará el ridículo; el empresario desnutrido se hundirá en la ruina; el político hambriento será siempre un peligrosísimo sinvergüenza.

El comunismo ruso, ese fantasma que espanta a las buenas gentes, es el fruto infeliz de una hambre muy larga y muy desesperada; es la rebelión de años y años de ayuno forzoso, que rugie fieramente entre un gran tumulto de tiros, cuchilladas, incendios, asesinatos y robos, con rugir trágico.

¿Queréis evitar tantos horrores? Es fácil: dad de comer a los comunistas y no permitáis que los

trabajadores de la ciudad y del campo carezcan de sustento, base de la existencia, fuente de alegría o alegría fundamental, según el sabio Epicuro, sin la cual es imposible disfrutar de las demás alegrías en este valle de risas y de lágrimas.

Mas nuestro orgullo, nuestra imbecilidad, el afán de copiar lo extranjero, nos ha hecho abandonar la adorable cocina nacional, los guisos suculentos que nutrieron sólidamente a nuestros abuelos, esos guisos incomparables que tienen el sabor, el encanto, y la fuerza viva de nuestra ubérrima patria. Casi nada queda ya que nos recuerde la gloriosa tradición culinaria, pues sólo comemos, idiotamente, latas, bizcochos, embutidos, quesos y dulces que vienen de afuera.

A un nuevo Walker o cosa parecida, le sería fácil acogotarnos ahora que nos pasamos en inacción dispéptica, haciendo la digestión embrutecedora de cuanta cochinada en latas se ha inventado para sacarle el dinero a los tontos; cochinas esas que nos tragamos acompañadas de un horrendo pan ácido, hecho con harinas de tercera, en las que pululan billones de bacterias y hongos venenosos, harinas por las que pagamos millones de colonos. ¡Esto es desconsolador, vergonzoso y estúpido!

¿Por qué creéis que ganamos la guerra del 56?

¡Porque nuestros soldados comían!

Aquellos héroes, de mil seiscientos q' pelearon en Rivas, murió la mitad con Juan Santamaría. ¡Porción terrible y heroica! Pues bien, aquellos soldados se batieron bizarramente, con armas muy inferiores a las del enemigo, porque tenían en abundancia totopostes, queso, carne, dulce y café; tenían el estómago caliente y lle no con alimentos salidos de la entraña misma de la Patria. Por eso supieron defenderla y morir gloriosamente.

Podéis estar seguros de que un presidente, un ministro o un diputado que desprecia el alimento vernáculo, es capaz de vender el país por los treinta dineros de Judas, pues para amar y defender la integridad del territorio, el libre-pensamiento, las libertades ciudadanas y otras cosas excelentes, es preciso comer con gusto la pitanza nacional. Por lo cual debemos bendecir a la egregia dama doña Amparo de Zeledón que nos lleva, amorosamente, hacia la tradición gloriosa. Quienes contribuyen a conservar la cocina nacional librándola de contaminaciones que la desnaturalizan, prestan un valioso apoyo a las Instituciones, porque la Libertad, la Democracia, el Orden y el Trabajo, como el cruel Amor, con hambre no duran...

El diputado don Manuel Coto Fernández, cuyo talento, ilustración y honrado amor a Costa Rica son justamente apreciados en un reciente discurso ante el Soberano Congreso, hizo la apología de la tortilla de maíz, alabándola delicadamente, lleno de enternecido agradecimiento, y condenó, enardecido de consciente patriotismo, el consumo escandaloso de pan hecho con esas harinas extranjeras que nos empobrecen y nos envenenan. ¡He aquí un ejemplo de inteligente nacionalismo que todos debíamos aplaudir ¡Porque, digan lo que quieran, hay una íntima relación entre el amor a la patria y el gusto por los pi-

cadillos y las tortillas.

Nuestros dos hombres representativos, don Ricardo Jiménez y don Cleto González Víquez, son fieles al yantar clásico de la patria, a ciertos guisos imponderables, a los picadillos y a la olla; prefieren, como el inmortal Bolívar, la tortilla de maíz al mejor pan. Si no prefiriesen la carne de olla, los picadillos y la tortilla, esos dos grandes hombres vivirían fuera de las prácticas saludables de su país, ajenos a su tradición amable; entonces no los veneraríamos ni los hubiésemos llevado varias veces a la Presidencia de la República.

Se ha descubierto que el excitante más poderoso de las secreciones internas es el alimento; que el carácter, el buen o mal humor, las virtudes y los vicios, son el resultado de excitaciones de glándulas que la naturaleza de los alimentos embota o aviva. Por algo los chinos, en su sabiduría milenaria, afirman que el alma humana reside en el estómago. Dime lo que comes y te diré cómo eres. El hábito de las comidas fuertes y de las bebidas espirituosas lleva al hombre a la violencia, a la ira, a la pereza y a la concupiscencia. Los alcohólicos son ávidos de grasas y carnes, por lo cual la higiene del Evangelio condena la gula, proscriba la carne en el ayuno y abstinencia e inclina a los fieles hacia las comidas sencillas que dulcifican el carácter predisponen al perdón y amor del prójimo y nos preparan para la comprensión y comunión con la divinidad, apartándonos del pecado y las tentaciones del Maligno. ¡La tripa nos lleva al Cielo o al Infierno!

Por esa razón debemos preferir la saludable comida nacional, los deliciosos guisos caseros y las bebidas tradicionales, horchatas, pinolillos, refrescos de frutas al natural, no químicas; el delicioso chocolate y nuestro divino café, que no tiene igual en el universo mundo.

Las mujeres, nuestras lindas mujeres, ricas o pobres, grandes damas o humildes campesinas, son las llamadas a vigilar y mantener encendido el fuego sagrado que cocina el alimento, del cual todo un pueblo saca vigor para el trabajo y brío para la lucha cotidiana. He ahí una actividad práctica y patriótica para las feministas militantes. ¡Que abandonen la pluma y la oratoria y empuñen las cacerolas!

¿Quiéren las mujeres el voto femenino? ¡Magnífico! Mas con una restricción: la que ignore cómo se hace un picadillo, cómo se aderezan los frijoles, el tamal asado, el buen café, y no sepa asar sublimemente un pollo o un lomo relleno, a esa mujer se le debe negar el derecho máximo de la ciudadanía, el cual trae aparejados obligaciones y deberes. Que ese deber, para las mujeres, sea el de guisar grandiosamente. El día que tal cosa suceda veremos elevarse el coeficiente moral y material del pueblo, en ritmo ascendente, como dicen los economistas, puesto que una población alimentada saludablemente trabajará con máximo provecho; así la patria y todos ganaremos: ella porque será más rica, y todos porque comemos estupendamente bien.

Todavía, en alguna casona campesina donde algo se conserva del tradicional arte culinario, hemos saboreado platos de otro tiempo,

totalmente desconocidos aquí, en la ciudad novelera y páfida que los imita a veces, tan mal hechos, que son copia risible del original. Es, pues, en el campo donde, si tenéis suerte y amistades, podréis gustar el auténtico y sublime arroz con chanchó, las sopas de quelites, el posol, los ajacos, el frito, las albóndigas que enternecen, carnes rellenas, chicharrones con yuca, mondongos que son algo así como los duelos y quebrantos de que se nutria el Caballero del Ideal, don Quijote de la Mancha; el pastel de picadillo —Dios bendiga a su inventor—; las ensaladas de verdolaga, berros, dientes de perro, vainicas de palo; el nunca bien celebrado palmito, mil veces más fino que la alcachofa tan estimada en Europa, y digno de que un gran poeta lo cante en versos inmortales, como Virgilio cantó el "moretum".

Y no seguimos enumerando platos, porque la lista sería interminable. Mas debemos mencionar los grandiosos frijoles que nuestras buelas rehogaban en natas y manteca fina, aderezándolos con mannos de ángel, ya dulzones, ya picantes y salados, enteros o molidos, haciendo de ellos un plato digno de la mesa de los dioses. Y qué decir de los variados guisos de hojas de mostaza más fina y sabrosa que la espinaca, y de los caldos de gallina oliendo a orégano, que es olor divino, y de la gama gastronómica de los tamales, desde los de pura masa hasta los rellenos con pechuga de paloma morada y semillas de chivérre, pues los hay para todos los gustos, para las diferentes horas de comida, en suculenta y adorable variedad...

Pero desgraciadamente, nuestra estulta y boba novelería por lo extranjero nos ha hecho olvidar las excelencias que atesora nuestro suelo, y así la clásica, nutritiva, suave y sabrosa cocina nacional la hemos repudiado ignaramente, y la excelente repostería tradicional la hemos suplantado tontamente con esa desgraciada tostelería de azafrán y extractos químicos, sin pizca de leche ni huevos, pintada con anilinas, que envenena a las criaturitas. Un niño no puede hoy, sin exponerse a un tremendo dolor de estómago y al horrendo aceite de castor, comer plácidamente unas golosinas. Se acabaron las tártaras, las empanadas dulces, las quesadillas, los polvorones, las rosquillas de maíz crudo, los rosquetes y aquellos óptimos enlustrados, delicia de nuestros abuelos, hechos con azúcar de pilón, huevos frescos, leche recién ordeñada, harina de trigo cosechado en Santo Domingo de Heredia y maíz que tenía la savia inefable de nuestra tierra.

Por desnacionalizar nuestra cocina y nuestra repostería, la raza desmejora, se empobrece y se envilece. Preferimos comer cosas importadas; los almacenes y pulperías están atiborrados de latas y porquerías que nuestro pueblo come imbécilmente, olvidado, con el vido necio y criminal, del sublime yantar patriótico, de las grandiosas pitanzas nacionales, las cuales deben ser insustituibles para un pueblo sano, como es insustituible para el niño la sagrada leche de la madre.

Volvamos, pues, contritos y albo rozados, a los guisos nacionales; por encima de todo, exaltemos la grandeza del autóctono arte del comal y la cazuela, tal como nos lo legaron nuestros robustos, nobles y venerados abuelos.

CINCUENTA Y SEIS

VIVID SIEMPRE EN PRIMAVERA

Obra analizada: "Sinfonía lírica", versos
de Fresia Brenes de Hilarov. 1949.

Estimado señor Director:

Ella lo dice: de su mente aprendí la filosofía de las edades. Ella lo confirma: en su voz oí el misterio de todos los seres. Humilde y a la vez altiva declaración. Porque la Poetisa que así habla se refiere a su Padre, Roberto Brenes Mesén. ¿Cuál más noble voz pudo escuchar? ¿Cuál más profunda psicología pudo aprender? Porque Fresia Brenes tuvo la mejor de las escuelas, el más valioso de los colegios, la más serena de las universidades: el cariño sin límites de aquel espíritu privilegiado al que tanto debe la cultura nacional.

Ella fue —y sigue siendo al través del tiempo que pasa— una magnífica discípula de su Padre. De ese Maestro insigne quien fue a la vez amigo y compañero, heredó inteligencia, gracia, serenidad, nobleza. Digno retoño de roble tan robusto!

Es pensadora y poetisa. Como él fue poeta y pensador.

Canta sus meditaciones. Medita sus sentimientos. Subraya sus múltiples melancolías. Se complace en hundirse en sus creencias sinceras. Observa con amor cuanto a su lado existe. El misterio, mejor dicho, los misterios que forman la red íntima de la existencia, la atraen con afectuosa atracción. De esa influencia, que es casi todo su anhelo, ha obtenido cuantas delicadezas inefables encontramos en su primer libro: "Sinfonía lírica".

Íntimas contemplaciones aparecen en primer término. Vuelve la mirada complacida hacia la imagen prodigiosa de su Padre. Despierta el recuerdo amado del talle de lirio en flor de la dulce hermana Soleida cuyos cabellos estaban hechos de poesía. Canta la inmortal alegría de la deliciosa Ana María, cuya vida fue tan breve como la brisa. Piensa en el hermano ido, en Hiram el hermoso, quien dejó en la casa dolorida un profundo vacío, una infinita desolación. En las horas lentas de la noche insomne, evoca el desfile amado de los amados ausentes, sin olvidar a ninguno, sin olvidar —¡imposible sería!— a Flaminio, el alegre.

Esos recuerdos la hacen exclamar, con profunda sinceridad: ¡Qué bello es morir! La obligan a tallar, de su infortunio, fortaleza. Alguien, entonces, a su espalda, le aconseja: ¡Derecha! Ojos al cielo, paz en el alma; esta vida es un momento! Surge la calma y con ella nacen las canciones que leemos con intensa fruición en estas páginas señaladas por un éxtasis divino.

Hay un hechizo de aguas en estas líricas. Aguas sonoras y eternas sin las cuales el hombre no vive, sin las cuales la tierra desfallece. Aguas del río, del lago, del océano. Aguas que de reflejar el cielo se han vuelto azules. Y de reflejar el cielo son tan serenas y, a veces, tan tempestuosas.

Desea la Poetisa ser fuente para recibir las aguas vertidas por cantores de otras épocas. La entusiasman los misterios de las recónditas aguas. Le encanta escuchar las canciones sollozantes de mareas insondables. Quisiera verse conducida hasta el ensueño por el vaivén infinito de las olas de belleza inquieta. Sueña con murmullos de aguas que acarician. Por eso, nos preguntamos, ansiosos: ¿es, acaso, una Ofelia? ¿Querrá ahogar sus canciones doloridas en los brazos de las ondas incansables?

Como mujer de claro espíritu femenino, la consume el sufrir del Universo entero. Lora al comprender que es impotente ante la angustia y la desesperación de sus semejantes. Quisiera ser amparo para las melancolías ajenas. Se pasa las horas soñando en la justicia y en la unión espiritual de los hombres. Se siente como pantera salvaje. La destrozan las garras del deseo de destruir la guerra que tantas víctimas hace en el mundo entero.

Delicada la ternura que llena el espíritu de la autora al recibir, en una noche de luna llena de abril, una flor más blanca que la misma luna llena, más bella que todas las flores juntas. Aquella belleza inmaculada, de pétalos sedosos, se abría con lentitud, saturando el ambiente de aromas sensuales y magnéticos. Era un milagro de contornos, de matices, de perfumes. La Poetisa quisiera florecer así, casta y blanca, dar encanto, aroma, belleza sin exigir nada en cambio. ¡Dar toda la esencia, de una vida en un momento de gloria! Así piensa solamente una mujer que es toda dación de serenidad y de nobleza.

¡Allí en donde cae un hombre se enciende una luz! Exclama, convencida, la Autora al saber de la muerte de un Poeta—Rogelio Sotela. —¡Al caer ese Artista, dejó encendida una luz, dejó impresa una huella, dejó clavada una cruz!

En *Dos plantas de maíz*, hay momentos de inefable delicadeza, de íntima y confortante filosofía. En aquel consejo: ¡Cierra los ojos y escucha! cuánta sabiduría se encierra!

La Muerte a la que da el epíteto de bella, le inspira un poema delicioso. Es, la Muerte a la que da el epíteto de bella, le inspira un poema delicioso. Es, la Muerte, la Señora Silenciosa de manos llenas de piedad, que con amor señalan el sendero nuevo. Es la cariñosa hermana, de ojos que se ahondan en el misterio, de brazos que abrazan con dulzura. ¡Eterna dulzura! ¡Inefable ternura! repite, encantada, la Poetisa.



ASI
VISTEN
ELLAS

ANA

ROSA

DITTEL M.

Cascada de la gracia y del en sueño... Florescencia azul de la poesía... Ella resume la flor de los encantos y convierte en luz el corazón del día...

(FOTO

SOLANO)



Fresia Brenes, como mujer de espíritu excelso, ha vivido su vida en otros seres, ha vaciado su existencia en búcaros ajenos. Quiere ahora colmar los propios jarrones en los que pugnan por crecer semillas sembradas en lejanos días. Es una ansia infinita de cantar. Desea vestir su alma con canciones. Y canta con admirable maestría. Y en sus cantares pone sabios pensamientos, amables sentimientos.

Alas blancas de palomas, pétalos sutiles de jazmines, marea incasante de espumas, copos inquietos de nieve, asocian su blancura inmaculada en las cláusulas rítmicas del suave y sugestivo poema titulado *Vals de nieve*.

La Poetisa quiere justificar la existencia suya, la sublime existencia de su íntima conciencia. No le basta vivir, servir, crear. Su espíritu busca, medita, escucha... Se transforma en instrumento lírico; convierte sus ansias infinitas en sinfonías, en poemas, en verso viviente y excitante. Y, en verdad, logra su anhelo; escribe con el alma. La inquietud humana puede reflejarse en sus estrofas. Ella es rebelión, sangre, mar, cima, inquietud, dulzura. En una palabra: mujer arrogante de entendimiento en la profundidad de su sentimiento. Su alma, de rodillas, con infinita gratitud por la más leve brisa, por la más breve sonrisa, es buena en cada uno de los actos de su vida.

Su canto de triunfo se inicia, en todo instante, con la delicada admonición: ¡aprisiona esta Primavera! Sabio consejo que sólo una mujer inteligente puede dar. Saturemos nuestro espíritu de la belleza de colores y de perfumes y de esperanzas que cada primavera despliega, ante nosotros, sin vanidad alguna.

Sintamos nuestra alma siempre en primavera. ¡Aunque, afuera, ruja el viento frío del invierno! Aunque, afuera, el verano, sin piedad, pretenda asfixiarnos con su calor excesivo!

¡Nada puede hacernos daño si nuestro espíritu está siempre en primavera...!

Un cariñoso saludo para el paciente señor Director de
LA REPUBLICA de

LUZ DEL ALBA.